

Capítulo 1

Siglo IX dc. REINO DE HISPANIA
JULIO del AÑO 885
GALLAECIA

Se incorporó de un salto con el corazón bombeándole enloquecido, la hierba se le enganchó en el ondulado cabello castaño con vetas doradas igual que el oro. Por el rabillo del ojo vislumbró a los tres niños que reventaban con la risa y se mantenían a unos prudentes cinco pasos de la joven echada sobre el suelo.

Margarita no pudo cerrar la boca, aunque estaba acostumbrada a las gamberradas de sus sobrinos, en aquella ocasión se había creído libre de ellos y no esperaba el ataque recibido.

Las flores y la hierba que le arrojaron prácticamente la habían sepultado. Los cubos de madera dónde segundos antes estaban recogidas, rodaban en aquel momento por la pendiente de la colina.

Eran unos verdaderos demonios. Pero tenía que reconocerles el mérito de encontrarla y sorprenderla durmiendo cuando se había tomado tantas molestias para que no lo consiguieran. Por eso comenzó a reírse con ellos y terminó estrujada contra el suelo cuando los niños decidieron tirársele encima para emprender una lucha desigual.

Margarita apretaba sus cinturas y sus cuellos provocándoles carcajadas mientras ellos se las devolvían.

— ¡Otra vez!, no me lo puedo creer—La voz detuvo la batalla de cuajo. Todos se quedaron mirando al hombre que había hablado.

Era inmenso y su rostro muy serio, tanto, que los niños y Margarita no pudieron soportarlo, comenzaron a reír hasta que el dolor de estómago les hizo retorcerse sobre la hierba.

— ¡Ya está bien!—El hombre pegó un grito por encima de las carcajadas pero no logró sino que se recrudescieran mucho más. Entonces agarró al más pequeño, el que se encontraba encima del grupo y lo lanzó sin muchos miramientos fuera del lío de piernas y brazos, continuó inexorablemente hasta que sólo quedó Margarita tratando de sentarse y detener las risas como el resto.

—Esto no puede continuar así. Tienes edad más que suficiente para contraer nupcias y tener a tus propios hijos, no sé cómo pretendes educarlos si te comportas todavía como una chiquilla. ¡Ponte en pie mientras te hablo!

—Eduardo, eres el hombre más estirado que conozco, aunque he de reconocerte que no conozco a muchos—Margarita se sujetó a su mano y se puso en pie de golpe, los niños se dispersaron rumbo al castillo sin aguardar las quejas de su padre—Tú tampoco parece saber educarlos muy bien. Se te han escapado.

—No por mucho tiempo, además ahora mismo la única que me interesa eres tú.

— ¿Qué quieres ahora?—Margarita se sacudió con resignación la melena que le llegaba a la estrecha cintura. Su hermano era el típico señor del castillo, absorto en sus obligaciones y sus responsabilidades y de hacía un tiempo atrás se había convencido de que ella era una de sus obligaciones.

—Vas a contraer nupcias.

— ¡Vaya por Dios!

—Deja de tomártelo todo a chanza. Esto es serio.

—Tengo diecisiete años, y llevas diciéndome lo mismo cada mes desde que cumplí la mayoría a los quince. Escoges para mí a un señor “inmejorable” y luego das marcha atrás porque te has enterado de esto y lo otro de ese personaje que no te conviene.

—Son tiempo revueltos.

—Lo supongo, ya que soy una simple mujer y no sé nada de lo que ocurre fuera de este feudo, a mí solo me interesa zurcir rotos y coser prendas para mi deliciosa cuñada.

—Creo que te atribuyes habilidades inexistentes, porque no he visto a nadie que sepa zurcir sin saber enhebrar antes la aguja.

—Los agujeros de las agujas son muy pequeños, pero no te preocupes, aprenderé.

—Se llama Eric de Lamber.

—Qué idioma tendré que aprender para decirle sí señor, o no señor.

—Supongo que con que aprendas de una vez por todas el anglosajón será más que suficiente, de todos modos él sabe muy bien el gallici.

—Entonces no pienso aprender nada. Ya sabes, las mujeres somos totalmente nulas.

—Deja de reírte de mí.

—No me río de ti particularmente, es que soy muy sarcástica.

—Pues deja que te dé un consejo, a los hombres no nos agradan las mujeres sarcásticas.

—Tranquilo hermano, ya sé lo que le agrada a los hombres, he visto muchas veces lo que hacen los soldados en los establos con las criadas.

— ¡Margarita Somiego!.

— ¿Sí?.

—Tenía que haberte casado antes, Aldara tenía toda la razón del mundo.

--Mi cuñada es una mujer muy sabia.

--Quiero saber porque no te encuentras en los juegos.

—¿Te refieres a esos simulacros de luchas a las que los hombres estáis tan apegados?

— ¿Por qué?

—Me aburren, no soporto las luchas de espadas que pesan más que cuatro sacos de cebada llenos, no soporto las flechitas que se clavan en lo que sea, ni sus risotadas, ni a las tontuelas que jadean porque no pueden apartar la vista de unos músculos hinchados que solo sirven para matar, o lastimar, y tampoco soporto la arrogancia que se respira en cada acto de esos jueguecitos.

—Pareces ofendida con los hombres.

— ¡Que va Eduardo!. No tengo motivos. Solo tres sobrinos que pronto sacarás de aquí para que aprendan a matar en casa de otros guerreros.

—¿Es por eso?. ¿Porque voy a llevar a Matías a la Galia?

— ¡Es tu hijo!

— ¡Mi heredero!

—Tu heredero desaparecerá en el mismo instante en que desaparezca por esas puertas que tanto cuidas de tus enemigos.

—No voy a discutir esto contigo.

—Me has criado Eduardo, sabes cómo soy, lo que pienso y si preguntas es porque pretendes que ponga voz a tus propios pensamientos.

—Estos juegos son en tu honor, ve a tu cuarto, vístete con los ropajes que ha hecho Aldara para ti y deja de protestar por todo. Deberías reconciliarte con el lugar en que te ha tocado vivir. Podías ser una sierva y depender totalmente de la voluntad de tu señor feudal.

— ¡Oh que novedad, exactamente igual que yo!—Margarita se marchó moviendo las caderas de un lado a otro por el paso apurado que llevaba.

Unos juegos en su honor, lo que significaba que el vencedor probablemente tendría también el honor de cenar a su lado aquella noche. El día se iba animando por minutos.

Se dejó vestir mansamente, Aldara la embutió en una túnica blanca de lino que moldeaba sus formas de mujer recién adquiridas, y un sobreveste de color azul zafiro de seda árabe ribeteada con dibujos castrexos en oro. Dejó sus cabellos peinados y sueltos en suaves ondas que bailaban con gracia alrededor de su cuerpo al menor de sus movimientos, y por último le echó perfume de lavanda en tal cantidad que Margarita se apartó sacudiendo las manos para dispersar el olor que le producía estornudos.

—¡Ya estás lista!, espero que esta vez dure hasta la noche.

--Durará Aldara te lo prometo—Dicho lo cual le estampó un beso en plena mejilla.

Aldara no estaba acostumbrada al contacto físico, de hecho no lo tenía con sus hijos o su esposo. A Margarita le constaba, lo mismo que le constaba que no le desagradaba en absoluto, solo la desconcertaba porque no sabía cómo responder a él.

Su hermano debería soltarse un poco con Aldara para que pudieran ser felices de verdad. Sabía que Aldara lo quería, igual que Eduardo a ella, aunque ellos no tuvieran ni la más remota idea de semejante hecho.

Aldara había salido de un convento a los doce años, y no a los quince como se establecía, para contraer nupcias con su hermano debido a la prematura muerte de los padres de su prometido que también se vio obligado a casarse a los catorce y no a los dieciocho como sería lo normal en la alta nobleza. Y ahora casada y con tres hijos no tenía mucho más que dos años más que ella. Y toda una vida para aprender a ser humana. Aunque si se atenía a la leyenda que pululaba por Doiras de una doncella con su mismo nombre, quizá Aldara tuviera un poco de la cierva blanca de la historia y por eso le costaba expresar sus sentimientos. De todos modos su cuñada se había casado con su prometido y no se había enamorado de un moro que la convirtió en una cierva que terminó muerta a manos de su propio hermano.

En cualquier caso, su hermano diría lo que quisiera pero las siervas se lo pasaban de miedo en los establos, y aunque tuvieran que trabajar, por lo menos en aquel feudo gallego, vivían con cierta libertad y felicidad. ¡Lo que daría ella por tener esa libertad!

Salió del cuarto y bajó trotando por las escaleras, recogiendo la ropa con ambas manos, dio un salto desde los cuatro últimos escalones y cayó a plomo sobre el enlosado con las zapatillas de cuero fino que le había puesto su cuñada.

Su hermano la estaba esperando con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Ella le ofreció una reverencia digna de un rey acompañada de una sonrisa espléndida.

—Espero de ti un comportamiento ejemplar. —Le ofreció el brazo advirtiéndola con la mirada, su mujer se unió al grupo posando su delicada mano sobre el otro brazo de Eduardo y así de bien escoltado marchó con su séquito de nobles detrás que los aguardaban fuera del salón de actos del castillo de Doiras.

Margarita comenzó, como siempre, a actuar, sonrió, saludó, hizo las preguntas imprescindibles y escuchó a sus mayores como correspondía a una mujer de su edad soltera.

Su hermano la sentó en el palco a su izquierda y dio un breve discurso en beneficio de ella que todos aplaudieron, en tanto Margarita se limitó a sonreír discretamente.

Aparentaba una mujer sumisa, tímida y encantadora. Mayormente eso pensaba la gente de ella porque era muy reservada con su vida íntima y sus pensamientos y salvo los más cercanos nadie podía saber mucho más de ella que lo que ella quería que supieran.

La Justa comenzó, y los participantes fueron presentándose en cada prueba, Margarita se perdía en sus pensamientos mientras duraba la prueba, miraba el bordado de su sobreveste y deslizaba repetidamente los dedos sobre el dibujo castrexo que su cuñada había elegido para ella. Al admirar el triskel pensó que la intención de Aldara al bordarlo había sido imbuir de un poco de sentido común a su usuaria y eso la hizo sonreír porque si bien en la cultura castrexa ese símbolo significaba el aprendizaje perpetuo entre otros significados como el de ciclo de la vida, y el principio y el fin de las cosas, también era cierto que la gente lo usaba como talismán para curar fiebres y aliviar heridas, por lo que no sabía asegurar si su cuñada deseaba que alcanzara a comprender cuál era su papel como mujer o bien lo que quería era curarse de ella y aliviar las fatigas que le causaba Margarita.

Eduardo le dio otra vez un codazo para que prestara atención al nuevo contrincante, ella levantó la vista con rapidez y cruzó la mirada con unos ojos verdes de halcón que le provocaron un estremecimiento inaudito en el cuerpo. Sus manos se convirtieron en sendos puños que arrugaron su sobreveste sin que lo advirtiera. Percibió un leve brillo en esos ojos verdes, un brillo de diversión y expectación, pero fueron unos segundos antes de que el frío volviera a ellos.

Era un hombre que arrebataría el aliento a cualquier mujer, su rostro de facciones bien definidas rayanas en la perfección, mantenía una expresión impertérrita, su cabello castaño oscuro caía con gracia sobre su nuca y se enroscaba allí. A Margarita le sorprendieron las ganas que sintió de entrelazar sus propios dedos en esa mata suave y rebelde de pelo.

Deslizó la vista a su boca y se quedó literalmente atrapada en ella, a pesar de su seriedad, el perfilado firme era roto por el sensual grosor de su labio inferior. Sin darse cuenta de lo que hacía, Margarita mordió el suyo conteniendo el deseo de morder el de él.

Levantó la vista asustada de sí misma y cayó en la trampa de sus ojos verdes, de inmediato supo que ese hombre había descubierto sus pensamientos por inconcebible que pudiera parecerle.

Mortificada, soltó el sobreveste, asintió a la presentación y despertó del hechizo malhumorada observando la marcha del hombre del que ni siquiera había escuchado su nombre al encontrarse demasiado absorta en la miríada de sensaciones que le había provocado su imponente presencia.

Sin embargo no logró deshacerse del influjo de esa presencia y durante la gesta se lo comió con los ojos, devoró pulgada a pulgada su magnífico cuerpo que de sobra le hacía justicia a su rostro, por su elevada estatura, por los músculos de acero que se movían con precisión y agilidad, por la dureza y decisión con la que se desenvolvía en la lucha.

Por supuesto venció. Una y otra vez, y en cada ocasión se llevaba un poco de la sensatez de Margarita hasta el punto de que sintió que todo su cuerpo temblaba y se humedecía preparándose para algo desconocido que la excitaba y le arrebatava el control de sus pensamientos y, mucho antes de su cuerpo. Lo que llegó a producirle una ingrata sensación de peligro inminente.

—Tengo que salir de aquí. —Murmuró a su hermano mientras se desarrollaba otra lucha de espada. Eduardo movió la mano negándole el permiso. —Por favor, me encuentro indisputa.

Aquello levantó una ceja de escepticismo en él.

—Lo estabas haciendo particularmente bien esta vez. ¿Qué bicho has visto que quieras pillar?

—Eduardo, lo necesito. Más que nunca. Creo que Alberto me ha contagiado las fiebres.

—No digas tonterías ese mozo de cuadra descerebrado solo tiene un leve catarro y tú nunca has cogido ni uno desde que naciste. Tienes una salud de hierro.

Impotente, Margarita desvió con desesperación la vista hacia la lucha y el hombre dueño de sus pensamientos la miró unos segundos, la muchacha pudo sentir la advertencia que le dedicó mientras

asestaba un golpe tremendo en el pecho de su contrincante con la empuñadura de la espada que desplazó al pobre infeliz contra la valla donde el público gritaba entusiasmado.

Margarita sintió que ese golpe lleno de rabia estaba dedicado por entero a ella.

Cómo había averiguado lo que intentaba hacer. ¿O es que se había vuelto loca y veía cosas que no existían?.

—Es un guerrero de verdad—Su hermano lo comentaba fascinado—Con una técnica depurada y un completo control de su cuerpo. Pensar que sólo estaba de paso y lo tuvieron que convencer para que participara...

—Es bueno saberlo—Susurró Margarita aprensiva.

—¿Lo qué?.

—Que está de paso.

—Camino a la Galia.

—¿No será el que va a llevar a Matías junto a los Renoir?—Margarita se puso de pie de un brinco mientras lo preguntaba.

—El mismo. Siéntate inmediatamente Margarita—Pero ella no le prestó la menor atención. Tampoco se percató de que el combate había finalizado con otra victoria a favor del sujeto de sus padecimientos porque Margarita lo veía todo rojo por la ira que la invadía.

—¿Y lo has hecho participar en unas justas en mi honor! ¡Ni de broma!—Sin que nadie pudiera detenerla, recogió las faldas de su saya y sobreveste y dio un salto que la lanzó sobre la hierba del área de combate para escapar de allí. Se golpeó contra un torso igual de duro que un muro que le arrebató el aliento y fue hecha prisionera por unas manos inmensas que la sujetaron por los brazos impidiéndole moverse.

—Os agradezco el detalle de venir personalmente a darme la enhorabuena—La voz resonó en los oídos sorprendidos de Margarita. Se atrevió a mirarlo y los ojos verdes le brindaron otra bienvenida más íntima.

Trató de apartarse y no pudo.

—Mi hermana ha quedado prendada de vuestra maestría en el combate—Eduardo se estaba divirtiendo de lo lindo a su costa. Margarita se jactaba de ser una persona que reconocía cuando la habían vencido, y allí, envuelta en la fuerza de esos brazos de acero, había una derrota total. Soltó el aire retenido y regresó su vista a esos ojos irrespetuosos.

—Debéis perdonarme por mi impetuosidad. Si es que podéis—Estaba tiesa como un palo.—Si podéis también os agradecería que me apretarais menos, no soy vuestra espada, de hecho peso menos que ella.

—Me gustan las mujeres con sentido del humor.

—Espero que también le gusten a mi prometido, Eric de Lamber.

El hombre la soltó de repente y su mirada se ensombreció de una forma siniestra.

—Mis felicitaciones, no sabía que Lamber estuviera prometido.

—Yo tampoco, hasta esta mañana. Mi hermano tuvo a bien comentármelo—Antes de que el público comenzara a silbar de impaciencia, Margarita le ofreció una respetuosa reverencia y se dio la vuelta para recoger el premio que le entregó con un movimiento de cabeza. Se negó a dirigirle una palabra más y se negó a mirarlo a la cara. Se volvió y acompañó a su hermano y su cuñada con la cabeza gacha y un silencio excepcional en lo que a su persona se refería.

La gente se dispersó al entrar en el salón, Margarita masculló una disculpa y salió por las cocinas dirigiéndose al exterior del castillo sorteando la empinada cuesta abajo, para llegar a una cabaña apartada del pueblo, limítrofe con el espeso bosque.

Su dueña, María, tenía fama de meiga y curandera, Margarita era una visita habitual en su humilde vivienda. La joven entró cabizbaja y se sentó en una banqueta de paja apoyando los brazos sobre la mesa llena de frascos.

—Matías se va—Declaró sin entonación. María dejó de revolver el contenido de la pota que colgaba del gancho encima de la lumbre y se sentó al lado de la muchacha.

—Lo sabías desde hace un tiempo.

—Es una equivocación garrafal, Eduardo se arrepentirá.

—No es tu problema.

—Es mi familia. Somos una familia, pero Eduardo la debilitará alejándonos a unos de los otros. La romperá igual que se rompió cuando mis padres se murieron, entonces sólo quedamos Eduardo y yo, y sólo gracias al cielo, el compromiso de mi hermano con Aldara pudo concretarse y nacer de él mi nueva familia. No comprendo cómo puede hacernos esto otra vez, si nos separa no podremos protegernos los unos a los otros. Y si me marcho para casarme con ese Eric de Lamber también yo me perderé de esta familia. No seré más una Somiego de Doira.

—Pero serás una Lamber, que engendrará hijos Lamber.

—Que se convertirán en hijos de otro tan pronto mi esposo decida sacárselos de encima mandándolos a aprender con otro noble de otro país.

—Los contactos son importantes para pactar la paz.

—Y la familia debería estar unida. Se han visto muchos casos de hijos que se vuelven contra sus padres porque no los consideran padres sino contactos. Si se les hace que pierdan el arraigo de sus raíces nunca serán familia, nunca se defenderán entre sí, sólo defenderán sus intereses y matarán a su propia familia si consideran que los perjudican.

—Lo siento.

—Lo sé. Perdóname la diatriba María, pero hoy no es un día particularmente bueno para mí. He conocido al que va a llevarse a Matías a Francia que coincide con el energúmeno que ha salido victorioso en los juegos que mi querido hermano ha convocado en honor a mí. Por lo que tendré que compartir mi copa esta noche en la cena con él y no estoy muy segura de si podré soportarlo—Sacudió la cabeza con cansancio.

--Siempre puedes recuperar las copas de estaño de la despensa, tu hermano nunca tomó muy en serio tus objeciones sobre esos instrumentos de que provocan envenenamiento.

—Que bromista eres. Para que le hicieran efecto debería usarlos bastante tiempo y ese pronto se irá—Retomó sus principales preocupaciones—Eduardo se quedará solo, porque Aldara tardará la vida entera en abrirse a él. Y no estoy muy segura de que eso no convierta a mi hermano en un ser huraño y amargado.

—En esta vida es mejor no encariñarse con nadie.

— ¡Eso que dices es horrible!

—Es una realidad, si la Muerte no te los arrebatara serán las reglas, las vicisitudes de la vida o cualquier otra cosa. Es mejor casarse sin amor, no abrir el corazón ni a hijos ni a familia alguna y tratar de vivir lo mejor posible sin enfermar. Con un poco de suerte llegarás a los cincuenta.

—Desde luego nunca te he negado que eres práctica. Sin embargo, yo no espero nada de mi matrimonio, aunque Eduardo intente por todos los medios buscarme un buen marido, cosa que yo le agradezco. Lo que no sé si podré soportar será que se me aparte de mis hijos.

—Ten hijas. Te durarán hasta sus nupcias.

—Si pudiera elegir tener hijas también podría elegir no tener descendencia. Con un poco de suerte me enviarían a un convento y viviría tranquila de una vez.

—Francamente no te veo viviendo “tranquilamente” en un convento.

—Podría aprender un montón de cosas.

—Sabes latín, algo de árabe, sabes coser una herida, sanar prácticamente todas las enfermedades que sé yo, tiras al arco con una puntería infernal y manejas diestramente el cuchillo para defenderte. ¿Qué más puede desear saber una joven de diecisiete años? . Si tu hermano conociera todo lo que te hemos enseñado Pedro y yo, nos desollaría vivos.

—Mi hermano solo presta atención a los asuntos de política, además me tiene por una mujer, con todo lo que eso conlleva. Hoy me ha acusado de no saber enhebrar una aguja.

—Si algún día te ves en la tesitura de tener que remendar la carne rota de alguien, lo harás y entonces Eduardo sabrá de tu secreto y sabrá quién te lo ha enseñado.

—No he aprendido todo eso por capricho, lo he hecho por la familia, por nuestra seguridad. Pero no va a servir de nada si me aleja de él y aleja a sus hijos. —Se encogió de hombros derrotada y alzó de nuevo la vista a la anciana.—No debes preocuparte por que él descubra quién me enseñó a curar o a luchar, sabes que voy frecuentemente a la villa de Cebreiro, al pazo de Elvira, y allí hay muchas curanderas. Créeme, tengo una historia sobre cómo adquirí mis conocimientos sobre hierbas y sanación que jamás te involucrarán a ti.

—Es de agradecer que te hayas preocupado de ello.

—De nada. —Respondió al sarcasmo.

—Deberías regresar al castillo, he oído los avisos dos veces mientras hablábamos.

— ¡Por Dios que cruz ¿Me puedes dar un poco de leche de higuera para que me provoque un sarpullido?

—Si lo hago tendré a Eduardo tirando mi puerta abajo en cuestión de minutos.

—Es cierto.

—Ve y compórtate, creo que tu hermano está más que hartos de tus desaires.

—Eso también es cierto.

Margarita le dio un beso en la mejilla y salió corriendo por el pueblo para llegar a tiempo a la recepción del salón.

Se detuvo bruscamente antes de poner el pie en el umbral flanqueado por dos guardias a los que ni se dignó mirar para no ver sus expresiones de censura y tomó aire intentando parecer serena y recatada. Se preguntó si algún día podría dejar de fingir.

Lo primero que distinguió fue a su hermano sentado en el palco de honor, a su cuñada y al energúmeno. Su puesto se encontraba escandalosamente vacío. Caminó despacio con los aires de una reina y no esperó a que los hombres se levantaran, ni a que el criado que estaba detrás pudiera mover ni un pie. Con rapidez apartó la silla y se sentó entre Eduardo y el energúmeno. Aquello le valió otra mirada severa de su hermano que ella descartó con una sonrisa guasona. Aldara bajó la vista confundida. Margarita siempre la confundía pero nunca la enfadaba. De hecho Aldara no se enfadaba nunca.

Aquello hizo arrugar el ceño de la joven, el control sobre sus sentimientos de su cuñada la mantenían en un estado de sorpresa absoluto. ¿Acaso era una piedra? Sabía que la mitad de su sangre era anglosajona y que se decía que esa era gente bastante fría, sin embargo no mostrar el más mínimo gesto de desagrado era una anomalía absoluta para cualquier ser humano.

—Eduardo, sé que pronto te librarás de mí—Margarita no se inmutó por la ceja alzada de su hermano, ni por el hecho de haber interrumpido la conversación que se había reanudado entre él y el energúmeno después de su agravante entrada en escena. Simplemente no podía continuar callando su opinión. Aldara le prestaba atención a algo que le decía su acompañante de su lado izquierdo y permanecía ajena a lo que ocurría.—Necesito decirte algo muy importante y como no te tengo a mi disposición salvo en estas ocasiones, voy a aprovecharla.—Levantó la mano y la puso encima de la de su hermano para que éste no pudiera coger la copa de vino.—Si se marcha Matías, y en unos pocos años el resto de tus hijos correrán la misma suerte, vas a quedarte solo con ella.—Señaló a Aldara.—Y si ahora eres un pesado estirado no quiero ni pensar en lo que te convertirá una mujer que jamás expresa un solo sentimiento. ¡Hazla reaccionar de una vez! ¡Reacciona tú de una vez!

—Esta conversación queda zanjada en este mismo momento Margarita. Si continuas diciendo barbaridades delante de un invitado tendré que castigarte severamente.

Margarita se volvió impaciente hacia el energúmeno y lo miró directamente a los ojos. Él no desvió la vista, se dedicó a examinarla concienzudamente. Era enormemente enorme, aunque eso no la amilanó.

—¿De dónde sois señor...?—La tremenda falta de cortesía mostrando que no sabía ni siquiera su nombre, arrancó una interjección en su hermano, pero ninguna reacción en él.

—Ricardo de Dunkeld para serviros por segunda vez este día—La guasa no la molestó. Sus ojos verdes sí. Brillaron de nuevo de esa manera especial que le hacía desear cosas demasiado ajenas a ella como para saber de qué se trataban, salvo el hecho de que la inquietaban sobremedida.

—Ricardo—Lo pronunció saboreando la palabra como si fuera un manjar. El hombre se tensó imperceptiblemente lo que la sacó de su abstracción de inmediato—Ricardo entonces. Bien señor de Dunkeld vuestra sangre es inglesa.

—No. Mi sangre es escocesa, francesa y algo de germana—Margarita abrió los ojos sorprendida, probablemente supiera también hablar en todos esos idiomas.

—Entonces apelaré a la parte francesa, ¿consideráis normal que una mujer no se enfade nunca?

—Depende de la mujer. Una mujer bien educada no muestra sus sentimientos.

—Entonces no existen mujeres educadas en todo el reino de Hispania, eso os lo garantizo.

—¡Margarita!

—Estoy hablando apaciblemente con nuestro invitado de honor, ¿acaso os he agraviado en algo señor? —Y antes de permitirle abrir la boca para que le respondiera, continuó—Por el contrario ha sido él quien ha dicho que las mujeres bien educadas no muestran sus sentimientos y después de conocerme hoy creo que el señor de Dunkeld sabe muy bien que ha intentado insultarme deliberadamente, pero no os preocupéis, a mí no me importa que una persona no sepa decir las cosas a las claras. Aunque os aconsejaría que no os reprimierais conmigo, desde este momento os doy permiso para darme el mismo trato que doy.

—Entonces os expresaré mi opinión, vuestro hermano se encuentra muy incómodo en esta situación, lo que hace que una persona de fuera de la familia, como es mi caso, se encuentre incómodo a su vez, lo que desde luego no es de agradecer.

—Bien entonces he conseguido mi objetivo. Porque no me interesa que vos os encontréis cómodo, y mucho menos que se encuentre cómodo mi querido hermano, porque, ateniéndome a la falta de control de mi cerebro sobre mis sentimientos, os indicaré que vos me caéis particularmente mal porque seréis el encargado de hacer desaparecer a mi sobrino Matías a instancias de mi querido hermano, lo que no puedo sino sentir como un agravio hacia mi familia.

Eso es todo señores y si ahora me dais permiso para dejaros tranquilos con vuestra cena me marcharé tan rápidamente que sólo sentiréis un poco de aire a mi partida.

—Pero mi señora, lo único que deseamos vuestro hermano y yo es reportaros el mismo trato que nos deparáis. Por eso deberéis permanecer sentada entre nosotros el resto de la velada, tomando el vino de nuestra copa compartida, aceptando los trozos de caza que os daré y en definitiva sintiéndoos

incómoda a nuestro par—Dicho lo cual bebió de la copa y le ofreció beber por el mismo lado que segundos antes habían utilizado sus labios.

La O que formó con la boca Margarita hizo estallar en carcajadas a su hermano, pero ella no se enteró de nada que no fueran los ojos desafiantes del energúmeno. Unos ojos que definitivamente la mantenían cautiva.

Al percatarse de lo incorrecto que era la mirada intensa que le estaba dedicando ese hombre, tomó de su mano la copa y le dio un trago largo, dando un golpe en la mesa con ella cuando la abandonó allí.

No entendía qué le estaba sucediendo con ese individuo, porque le hacía temblar el cuerpo con una sensación que le debilitaba las piernas y la hacía necesitar tomar aire desesperadamente.

Durante el resto de la velada permaneció en silencio, aceptando los trozos de comida que él le iba dando y organizándolos por filas en su plato a continuación sin comer ninguno. Declinó las ofertas que le hizo para beber y declinó contestar a ninguna pregunta.

Cuando por fin pudo subir a su cuarto, los nervios y la excitación de su cuerpo amenazaban con desbordarla. No aceptó ayuda para desvestirse, ni que encendieran las luces, y prácticamente se arrancó el vestido de su cuerpo tan pronto se quedó a solas. Cuando estuvo completamente desnuda se sentó encima de la cama y contempló la luna a través de la ventana.

Ricardo.

Qué le hacía desear Ricardo, sentía una atracción nefasta en torno a su persona. Una irritante sensación de necesidad de él. De tocarlo, por todo el cuerpo, descubrir sus secretos, lo que escondían sus ropajes.

Margarita emitió un gemido estrangulado y golpeó con los puños la colcha blanca de su lecho.

Eso tenía que ser lo que llevaba a las criadas a los establos, pero Ricardo era completamente inadecuado, además lo odiaba por llevarse a Matías de su lado. El pobre niño que nunca supo qué era el amor de una madre o el apoyo de un padre. Ella había intentado suplir a ambos pero quién se encargaría de él cuando se encontrara tan lejos de su hogar.

Escuchó el ruido que hizo la puerta al abrirse y no le prestó atención, estaba harta de fingir, de luchar contra todos, de no poder gritar el dolor que sentía en aquellos momentos. Si las criadas insistían en encender la chimenea, en atenderla, que lo hicieran, la desolación le hizo inclinar la cabeza, su cabello ocultó su rostro a punto de llorar.

Ricardo cerró suavemente con llave y deslizó la mirada por el cuerpo escondido tras la cabellera más rebelde e impetuosa que había contemplado nunca. Parecía una cascada de seda que sólo permitía mostrar parte de las piernas recogidas de la muchacha y sus brazos.

Pero debajo se encontraba totalmente desnuda y eso le provocó un deseo tan salvaje que lo endureció dolorosamente.

Se aproximó lentamente como lo haría un lobo hambriento y se detuvo a escasos centímetros del rostro de la joven. Ricardo podía olerla, y la necesidad de saborearla lo hizo temblar.

Margarita trató de controlar el llanto antes de levantar la mirada hacia la persona que había entrado. Las criadas solían meterse en todo lo que podían, lo sabía por su amiga Elvira, a la pobre ya la habían pillado en varias ocasiones y aunque solo tuviera diez años, su compromiso con Ordoño, el hijo del rey Alfonso, la ponía en el punto de mira de todo el reino de Hispania por lo que cualquier acción de su parte era meticulosamente estudiada por la servidumbre, y cuando la pobre hacía algo fuera de tono esos cuervos hacían de ella la comidilla del feudo.

Parpadeó librándose del agua retenida en sus ojos y se enfrentó a la criada.

Ricardo no se esperaba la reacción tan visceral que lo asoló cuando los ojos anegados en lágrimas se alzaron hacia él. Controló a duras penas el impulso de abrazarla y protegerla de todo daño. Sin embargo eso hubiera sido un desatino cuando él mismo sería el daño.

Margarita contempló la aparición dudando de su existencia. Ricardo permanecía a su lado en silencio, pero era un silencio ensordecedor que lo decía todo.

Igual que si un animal salvaje hubiera entrado en su habitación, Margarita se mantuvo quieta, temiendo que si movía siquiera un dedo, él se abalanzaría sobre ella.

La tensión fluctuaba entre ambos lo mismo que lo haría segundos antes de comenzar una batalla para los contrincantes. Pero aquella era una batalla desigual donde el animal salvaje que atisbaba tras los ojos verdes, amenazaba con salir al exterior, y no encontraría ningún obstáculo en lo que a Ricardo se refería, Margarita supo primitivamente qué era lo que buscaba en ella y sólo pudo sentir excitación y decepción en la misma medida.

Ricardo, a pesar de estar convencido de lo que pensaba hacer, no pudo sino sentir ira por la decepción que descubrió en los ojos de la joven. Esa mujer no tenía ningún derecho a juzgarlo, además intentaría hacerle el menor daño posible.

—¿Es necesario?—La voz de la mujer lo desarmó por completo, era tenue, como el aleteo de una mariposa sobre la palma de su mano a la espera de que la cerrara y la aplastara.

—Sí—Se obligó a responder, si de sus labios no hubiera salido el nombre de Eric de Lamber, él jamás hubiera puesto un pie en el cuarto de una doncella. Pero lo pronunció y se sentenció al hacerlo.

El temblor virginal de la muchacha lo enfureció, el miedo de Margarita asomó a sus ojos cuando percibió el cambio experimentado en él. Ricardo contuvo los recuerdos y se limitó a envolver su expresión en una máscara impávida que logró hacer gemir a la chica.

—Haré lo que esté en mis manos para que no sufras.

Margarita no supo qué decir, su cuerpo lo hizo por ella, comenzó a temblar incontroladamente. No podía creer que fuera a ser violada dentro de su cuarto, en el castillo de su hermano, con toda la guardia alerta. Eduardo había metido a una víbora dentro y pretendía que ese animal custodiara a su hijo hasta Francia.

Deseaba matarlo, y si podía lo haría, pero no en aquel momento en el que no disponía de ningún arma salvo su cuerpo desnudo, que no tenía nada que hacer frente a la masa de músculos que comenzaba a inclinarse sobre ella.

—Soy virgen.

—Lo sé—Los ojos verdes se ablandaron unos instantes a un sople de los suyos.

—¿Lo harás vestido?

—¿Quieres que te seduzca?

—¿Duele menos si me seduces?

—Sí.

—Hazlo entonces—Margarita no pensó en lo correcto o incorrecto de su postura, sólo sabía que no permitiría que nadie controlase su vida, ni siquiera un miserable violador. Por lo tanto sujetó su camisa blanca abierta y la comenzó a deslizar muy despacio por el increíble torso del hombre.

Ricardo sentía las pequeñas manos congeladas sobre su piel ardiente y emitió un gruñido de satisfacción masculina. Aquello podía ser extremadamente fácil si ella cooperaba y parecía dispuesta a hacerlo.

Ricardo detuvo sus manos cuando iniciaban el proceso de quitarle los pantalones de cuero ceñidos. No quería asustarla con su erección.

Los ojos de la muchacha buscaron una explicación y se encontraron en los ojos de Ricardo con un deseo voraz que amenazaba con destrozarla.

La destrozaría de igual modo así que porqué perder el tiempo.

Ricardo la tumbó suavemente y se estiró sobre ella, sus rostros permanecieron unos segundos muy juntos, cada cual observaba intensamente la expresión del otro, Ricardo descubrió valentía y determinación y una chispa de excitación en la joven que asoló su alma. Margarita vio en él amargura, decisión y dolor entremezclado con un deseo que oscurecía sus ojos convirtiéndolos en los de un depredador.

Se estremeció cuando sus labios rozaron su frente, cerró los ojos experimentando una sensación de plenitud que ensanchó sus pulmones, Ricardo descendió a su boca y lamió sus labios pidiendo permiso para abrirlos, Margarita suspiró y se lo otorgó. De pronto el mundo comenzó a girar en un círculo de sensaciones que se expandía incontroladamente, el torso musculoso calentaba sus pezones y los endurecía con la fricción, otro calor se extendía hacia abajo y humedecía su interior mientras que su corazón palpitaba salvajemente frente a las embestidas de la lengua de Ricardo dentro de su boca.

No pudo remediar alzar las manos a su nuca y meterlas entre sus cabellos mientras tiraba de ellos para acercarlo más a su cuerpo.

Ricardo se vio invadido por un sentimiento de posesión que lo arrasó por dentro, esa mujer se había rendido a él y ya era suya.

Su mano se deslizó furtivamente y trepó al interior de los muslos de la muchacha, encontró su sexo húmedo e impaciente, implorando sus caricias. Las suyas.

Penetró con los dedos y sintió sus contracciones, se retorció debajo de él buscándolo ansiosa. Era una hembra apasionada como pocas había conocido, respondía a sus más mínimos requerimientos y parecía que disfrutaba aprendiendo todo lo que él le enseñaba.

Su boca lo enloquecía y a punto estuvo de penetrarla ante los requerimientos apremiantes de la joven. Por suerte todavía llevaba puestos los pantalones, apartó la cara y hundió su rostro en el cuello de ella tratando de encontrar algo de calma. Su olor lo contrarió porque ofuscaba su raciocinio.

No quería tomarla como un salvaje, necesitaba relajarse antes de..., las manos de Margarita acariciaron su erección a través de su pantalón.

No sabía qué le había hecho aquel hombre, pero había logrado desatar algo en ella infinitamente más poderoso que su razón, algo que vencía a sus pensamientos, a su odio y a cualquier cosa que no fuera el deseo incontrolable que la dominaba.

Era su seducción, la mantenía prisionera de sensaciones que a fuer de intensas la devoraban por dentro.

No se podría saber quién consiguió sacar los pantalones de Ricardo de su cuerpo, ambos lo hicieron apresuradamente.

La punta de su verga acariciaba la entrada del cuerpo femenino. Ricardo descansó su frente perlada de sudor en la de ella.

—No quiero hacerte daño.

—No tienes elección—Masculló ella retorciéndose debajo de él.

—Bruja—La embistió de un golpe, su vagina lo recibió encogiéndose por la invasión, la boca de Ricardo ahogó el grito de dolor de Margarita y lo hizo suyo.

Permaneció en su interior lo que le pareció una torturante eternidad, todo su ser le pedía moverse dentro de ella, pero no lo haría hasta que las pequeñas manos no dejaran de empujarlo para apartarlo.

—Ya lo has hecho, déjame. ¡Suéltame!—Arremetió contra su pecho golpeándolo con fuerza, sintiendo que la histeria se hacía con ella.

—No—Ricardo hubiera mascullado una imprecación si no supiera que eso sólo la asustaría más.

— ¡Suéltame!—La voz estaba teñida de sollozos.

—Ahora sólo sentirás placer. Entrégate a mí, bella como una perla—Pronunció con voz ronca el significado de su nombre—Entrégate ya Margarita—Tomó posesión de su boca igual que lo había hecho de su cuerpo, atrapó sus sollozos y los convirtió en gemidos. Las manos cerradas en dos puños se fueron abriendo sobre su torso musculoso tímidamente. Entonces Ricardo se movió imperceptiblemente dentro de ella. Margarita se tensó unos segundos pero luego empujó contra él su cuerpo aturdido.

Esa fue su segunda rendición. Ricardo comenzó a embestirla con suavidad pero no pudo hacerlo durante mucho tiempo, su cuerpo necesitaba liberarse y la muchacha que se estremecía de placer debajo de él le arrebató el poco control que le quedaba. Entonces marcó un ritmo frenético al cual Margarita se abandonó sensualmente, acompañó a su amante compartiendo el baile primitivo con regocijo y se deshizo en mil trocitos unos segundos antes de que él la siguiera a su paraíso particular.

Las respiraciones jadeantes y el olor de sus cuerpos adormecieron a Margarita, pero se negó a dejarse vencer por el sueño. Ese hombre no sólo le había arrebatado la virginidad sino también una parte de sí misma que ni siquiera sabía que existía. Y la tenía él, se la llevaría con él cuando partiera a su hogar.

Maltrecha tomó aire y se apartó de su lado. Ricardo la dejó ir, observó cómo se ponía una estola y la cerraba hasta el cuello, aquel gesto lo llenó de ira. Había hecho lo que tenía que hacer y no le pediría perdón por ello.

Sin embargo la vulnerabilidad en el rostro de la muchacha escavó una herida mortal en su pecho.

Había hecho lo mismo que Eric de Lamber con su esposa. Y puesto que ese malnacido se había comprometido demasiado con el hermano de Margarita como para que Eduardo o la misma Margarita pudieran impedir que se llevaran a cabo las nupcias, nada ni nadie evitarían que su venganza se materializara muy pronto.

—En mi cuarto se encuentra una mujer del pueblo, está borracha y no recordará mucho pero será suficiente para respaldarme si tú intentas culparme por esto. De momento no quiero que nadie averigüe lo que ha sucedido aquí.

Margarita no pronunció una sílaba simplemente lo miraba con aturdimiento. Los engranajes del cerebro de ese miserable le eran absolutamente desconocidos.

—Llegado el momento tu marido, Eric de Lamber, sabrá que su mujer me ha pertenecido primero y cuando venga a por mí, tú serás una viuda muy rica que no tendrá que responder ante nadie. Claro está, si no te mata antes. Procura tener cuidado con él, es violento con las mujeres. Y piensa que te he hecho un favor, él no sería tan gentil contigo a la hora de desflorarte.

Mientras hablaba recogía sus ropas y se iba vistiendo. Margarita jamás se había sentido como si fuera una escoria, pero ese desgraciado quería que se sintiera así exactamente. Sabía que tenía que gritar en ese preciso instante llamando a la guardia.

—Si lo haces simplemente diré que pasaba por el pasillo y acudí al escuchar tus gritos. Recuerda a la mujer que me espera en mi cuarto.

Margarita decidió que aquel era un demonio vidente. Y supo que no le daría la satisfacción de gritarle o golpearlo, o hacer ningún tipo de escándalo.

La falta de respuesta en una mujer abiertamente apasionada nubló el ceño de Ricardo y la ira lo invadió.

—Recuerda, nada de jueguecitos, piensa que tu sobrino estará en mis manos durante largos días y largas noches.

Margarita se afanó por contener el miedo en su rostro, ni siquiera le daría en el gusto con eso. Le vio marchar sin mirar atrás y permaneció largo rato de pie, rígida de dolor y presa de una tristeza extraña.

Capítulo 2

Margarita tardó en reponerse pero en cuanto lo hizo se vistió apresuradamente y salió del cuarto con sigilo. Llegó jadeando a la casa de María y golpeó con fuerza la puerta hasta que la mujer se la abrió asustada.

— ¿Qué...?—Margarita la empujó, entró y cerró respaldándose en la puerta.

—Me ha forzado—La pregunta osciló en los ojos de la anciana—Ricardo de Dunkeld. Me ha violado para hacerle daño a mi supuesto prometido Eric de Lamber.

María cayó desplomada sobre una banqueta si dejar de mirar a Margarita.

La muchacha le relató lo ocurrido sin explayarse demasiado y cuando sus piernas ya no la sostuvieron más se sentó a su lado.

—Él me ha escogido para su venganza y yo lo mataré por lo que me ha hecho. Y por las amenazas que ha erigido contra Matías.

—Debes calmarte.

—¡No puedo!—Gritó demasiado compungida como para llorar — ¡Lo voy a matar y sufrirá antes de morir!

— ¿Cuándo se va?

—Dentro de tres días según tengo entendido—Con el ceño fruncido parecía pensar en algo que se escapó de sus labios—La tuera de los moros, lo purgará hasta matarlo. Eso haré. Sí.

—Son demasiados días para ti. No puedes hacerlo. No debes hacerlo. La venganza es cosa de hombres, si te saltas las reglas terminarán contigo. No puedes matar a un hombre y salir impune.

—Entonces nadie sabrá que lo he hecho yo.

—La tuera la usan los moros para curar. Por estas tierras es difícil de conseguir. No puedes utilizarla sin que sepan de dónde provino, terminarán sabiéndolo.

—No. Me hice con ella hace tiempo, por si acaso ocurría algo que me obligara a utilizarla. Y ya sé cómo lo haré. La comida estará en malas condiciones y como en este feudo y en todo el reino no hay moros salvo los presos, ¿quién sabría cuáles son los síntomas?, por otro lado si todos terminan afectados que uno muera será normal. Además la tuera la conseguí en Cebreiro, de un viajante que no tenía ni idea de lo que comerciaba, ni siquiera la compré yo.

— ¿Tanto daño te hizo?

—Me sometí. No podía hacer otra cosa.

— ¿Te le entregaste?

—Puedes decirlo así. Pero no lo fue en absoluto. Me hubiera tomado por las buenas o por las malas. Preferí las buenas. ¿Para qué sufrir más de lo imprescindible?

—¿Estás segura de que es eso? ¿No sería que en el fondo lo deseabas?

—Puede que lo deseara, pero no así, no siendo plato de una venganza y sin ningún ápice de sentimientos de él hacia mí. Además nadie amenaza a mi familia y permanece impune. Matías no puede quedar en manos de ese desgraciado.

—Oblígalo a que se despose contigo. Esa será una venganza maravillosa.

— Lo negará todo.

—No si lo colocas en una situación inaceptable antes de su partida.

—Pero yo no quiero vivir con él, quiero matarlo.

—Podrás hacerlo en sus tierras, quedarte viuda y regresar después. La defunción será menos evidente.

—Quizás tengas razón.

—Sin embargo lo peor que puedes hacerle es obligarlo a convivir contigo y no permitirle que cumpla con su venganza contra Eric de Lamber.

—Me lo pensaré—Besó la mejilla de María y antes de que pudiera salir la vieja le sujetó con fuerza inusual la muñeca.

— ¿Deseas algún remedio por si esto ha tenido consecuencias?

—¿Quieres que tome la tuera yo también? —Frunció los labios en un amago de sonrisa—Nunca me desharé de ningún hijo, si estoy gestando que así sea. Los hijos no son responsables de los actos miserables de sus padres.

—Entonces piénsatelo antes de matar a su padre, pudiera no entenderlo cuando fuese mayor. Será su heredero, no creo que le pareciera bien tener por madre a la asesina de su padre.

—Eres una soberana aguafiestas, ¿lo sabías?—Y se marchó riendo a su pesar.

Ricardo no pudo dormir esa noche, habitualmente el rencor y el odio no le permitían conciliar el sueño, sin embargo en aquella ocasión era un ingrato sentimiento de culpabilidad. Aquella doncella sólo era una mujer, un peón en su camino para terminar con Lamber, pero..., sentía que no debía haberla sometido a la fuerza, sentía como si hubiera perdido algo precioso por el trayecto y no supiera de qué se trataba exactamente.

Se había deshecho de la aturdida criada al amanecer, y recorría su habitación de un lado a otro como un león enjaulado, si la muchacha abría la boca la acusaría de intentar enredarlo y de ser una díscola. Todos habían visto cómo se le había echado encima el día de la Justa. Le sería fácil dañar su reputación, pero no deseaba que eso ocurriera antes de sus nupcias con Lamber.

Deseaba dañarlo en su hombría, y sobre todo, conseguir que se le enfrentara de una maldita vez. Llevaba dos años escurriendo el bulto detrás del rey Giric, pero la suerte se le había terminado a ese maldito. Y Margarita Somiego sería el instrumento perfecto para conseguirlo.

Los ojos de su mujer, Dorothy, continuaban incrustados en su mente día y noche. Todavía podía sentir su miedo y su angustia cuando la separaron de él y se la entregaron a ese malvado.

Habían infringido muchas leyes, pero se amaban, se habían casado en secreto, y se habían escapado para ir a Northumbria, el reino danés, donde un drakar los llevaría a Flandes.

Sin embargo sólo pudieron pasar una noche juntos, una noche de amor apasionado que lo marcó de una manera indeleble, todavía sentía en sus manos la suavidad del cuerpo de Dorothy, sus cabellos del color del sol primaveral, su sonrisa tímida, y su voz cantarina.

Quizá era demasiado sumisa, demasiado callada, pero había sido suya como ninguna otra mujer, le había pertenecido en cuerpo y alma. Y Lamber se la había arrebatado, porque era una heredera y necesitaba su dinero, y no le importó su falta de virginidad, exigió el cumplimiento del compromiso a sus padres y continuó con las nupcias anulando primero la de ellos. Actuó del mismo modo que lo hacía con los Somiego, quería el dinero de los Doiras y sus contactos en el Reino de Hispania.

Sólo dos años había durado la pobre Dorothy en manos de ese maldito bastardo, Dorothy murió intentando dar a luz a su primer hijo. Ninguno de los dos sobrevivió.

Los golpes en la puerta lo sacaron de sus amargos recuerdos, dio el permiso y se encontró con Eduardo que entró cerrando la puerta.

—Tenemos que hablar.

—¿Sobre?

—Lamber, necesito saber cómo es, ayer me preguntasteis mucho sobre el compromiso de mi hermana y me extrañó. ¿Tenéis algún interés con él?

—Lamento decirlo pero Lamber es un malnacido que muy probablemente haga sufrir a vuestra hermana. Tiene a sus espaldas varios bastardos y la muerte de su primera mujer. Se dice que es brutal y desconsiderado con su gente. ¿Algo más?—Tal vez era lo único que estaba dispuesto a hacer por la doncella. Aunque dudaba mucho que un señor feudal se preocupara por los sufrimientos de una simple mujer.

—La gente con la que hablé me dijo que era rico, pensé que le interesaban los contactos que le reportaría la unión de nuestras dos casas.

—Gasta mucho, le gusta el lujo, los buenos caballos y desde luego necesita dinero, amén de que los contactos que disfrutará después de las nupcias le vendrán de maravilla para conseguir más.

—Bien, era lo que quería saber. Gracias.

Ricardo asintió con la cabeza y observó la marcha del hermano de Margarita con el ceño fruncido. Aquel compromiso como le había aclarado el propio Eduardo estaba sellado por los cuatro costados, sería difícil que ninguna de las partes diera marcha atrás en ello, había intereses políticos de por medio. Lamber siempre se había codeado con la realeza, ofreciendo regalos, concubinas, esclavos, cualquier cosa que pudiera hacerle ganar el favor del rey Carlos el Gordo de la Galia y de Alfredo El Grande de Britania, o los reyes de Escocia, Giric y Eochaid, ahora pretendía ganarse a la corte hispana.

Pero por muchos contactos con los que se rodease, por muchos guardias, y muchas escoltas, él lo alcanzaría y lo derrotaría. Para eso llevaba dos años preparándose, engrosando sus arcas, negociando con los venecianos para traer las sedas de los musulmanes a Britania y Escocia, las mejores especies de flor de canela, cubeba, y macis de toda la isla de Britania, las vendía él. Entretanto, su ejército era adiestrado para poder vencer al más sanguinario de los norsemen.

Aunque ni Giric o Eochaid podían controlar el alcance de sus riquezas, ni la capacidad de sus soldados puesto que por el momento sólo había tenido que enviar a algunos soldados a pequeñas escaramuzas con los norsemen. Y sus operaciones mercantiles estaban sometidas a una discreción absoluta muy difícil de determinar por la independencia que tenía como mormaer de Dunkeld.

Lo de la prometida de Lamber había sido un verdadero golpe de suerte que decidió aprovechar al máximo. El único problema era su estúpida conciencia.

Pero la aplastaría como hacía con el resto de sentimientos inservibles que lo acosaban de vez en cuando.

††

Levantó la mano y la miró a trasluz, le temblaba convulsivamente. Nunca había matado a nadie. Nunca había deseado matar a nadie.

Ricardo. A él sí. A él porque la vergonzosa respuesta de su cuerpo la humillaba más que el acto despreciable que le había infringido ese ser despreciable. Y de eso también tenía la culpa ese bastardo.

No soportaba saber que lo había deseado, que la había complacido. Lo odiaba a muerte.

La bolsita con la tuera permanecía descansando en su regazo. Necesitaba eliminar el objeto de su humillación cuanto antes. Lo necesitaba, incluso estaría dispuesta a clavarle su cuchillo en el pecho delante de todo el feudo.

Apretó los puños con fuerza sobre el pecho y aspiró profundamente.

—Debes bajar ya—Aldara había entrado en su cuarto y la miraba esperando que se pusiera en pie y saliera del hueco de la ventana.

Margarita contempló a su cuñada y suspiró. Se levantó y apretó los dientes al sentir aquello en sus partes. Ni siquiera se podía olvidar por un segundo de él.

Metió el saquito en uno de los bolsillos de su capa y tomó las faldas de su vestido amarillo de frisón y lo alzó para poder caminar sin que le molestara. Salió delante de Aldara que la siguió en silencio por las escaleras que las conducirían al salón.

Allí clavó sus ojos en su hermano y se negó a mirar nada más. Sin embargo sentía en cada poro de su piel la mirada del otro, y enrojeció de ira.

—Siéntate con nosotros Margarita—Ella obedeció el reclamo de Eduardo, se sentó rígida sin apoyarse en el respaldo de la silla tapizada de terciopelo verde y concentró su atención en la sonrisa tranquilizadora de su hermano.

Necesitaba esa calma para no abalanzarse sobre Dunkeld.

—Debo hablarte de algo de suma importancia. Esta mañana he sido informado de que Eric de Lamber tiene pensado acudir a Doiras antes de que termine la semana. Desea hospedarse aquí con sus hombres, hasta vuestras nupcias.

Ricardo contemplaba el rostro impasible de la muchacha. Si no fuera por el rubor de sus mejillas creería en verdad que se trataba de una mujer de hielo.

El rubor y su pasión, recordó. Su desmesurada pasión. ¿Cuándo esa mujer se había acostumbrado a ocultar sus sentimientos de aquella manera tan magistral?. Desde luego no el día anterior en la justa, ni en la cena posterior, ni en el lecho que habían compartido.

Fue después de compartirlo cuando los sentimientos abandonaron el hermoso rostro de Margarita.

—Sin embargo...—Continuaba diciendo Eduardo—Me he enterado de ciertas contingencias que me hacen pensar que ese matrimonio no es muy aconsejable.

Ricardo frunció el ceño y miró al hermano de la joven sin dar crédito a sus oídos. Luego volvió la vista a Margarita iracundo. Ella en cambio permanecía impertérrita ante los acontecimientos. Quizá el color había desaparecido de su rostro.

—Voy a enviarle un mensaje para expresarle mis más sinceras disculpas, y le recompensaré sustanciosamente por los inconvenientes que le pudieran reportar la ruptura del compromiso. Te lo comunico porque supongo que te interesará saberlo.

Margarita sonrió dulcemente, Ricardo la miró embobado, por un instante deseó que esa sonrisa fuera exclusivamente para él.

—Eres muy amable Eduardo, agradezco tus esfuerzos.

—Te ves pálida, tal vez Alberto sí te halla contagiado algo de fiebre. ¿Estás bien?

Ricardo aguardó impaciente la respuesta de la joven. Nunca fue su intención hacerle más daño del necesario.

—No te preocupes, anoche un mal bicho entró en mi cuarto e impidió mi descanso. Por eso me ves pálida.

— ¿Un mal bicho?—Se extrañó Eduardo.

—Pronto lo atraparé. Luego morirá—Respondió con firmeza sin levantar la vista de su regazo. Ricardo se sorprendió durante un instante, confundido ante su ingenua amenaza— ¿Puedo marcharme ya?

—Como gustes—Le otorgó su hermano extrañado.

—Lamento interrumpir.—La voz de ese sujeto hizo rechinar los dientes de Margarita.—Necesito preguntarlo, ¿podéis romper el compromiso así como así?. Tengo entendido que Lamber es un mal enemigo.

—No os preocupéis por eso, nadie desea enemistarse con el rey Alfonso, por eso nadie se meterá conmigo nunca. Soy pariente de Hermenegildo Gutiérrez, juntos iremos contra los moros al sur en las tierras portucalenses. Además en Hispania ya me conocen todos. Nunca casaría a mi hermana con nadie que no fuera de mi agrado absoluto.

— ¿Os conocen?

—Creo que este es el compromiso número quince de mi hermano, Sir Dunkeld. A poco que hubieseis indagado conoceríais la tendencia de mi hermano a proteger a los suyos de cualquier indeseable—El tono de Margarita era cansando y triste. Eso evitó que la furia que crecía en Ricardo se consolidase. Había sido un incauto por no averiguar más sobre los habitantes de Doiras. Había sido su error. Un error que pagaría aquella muchacha cuando se desposara.

Si lo hubieran atravesado con una espada no se hubiera sentido tan mal.

Pero estaba hecho y él no podía perder el tiempo con una mujer como aquella que lo despreciaba e incluso lo amenazaba con la muerte. No. No sería una mujer apropiada para su gente aunque se planteara resarcirla cosa que seguramente ella rechazaría y lo metería en un problema con Somiego e incluso con el rey Alfonso y muy probablemente con el rey de Navarra y los condes de Barcelona y Aragón.

No. No podía permitirse ese lujo. A partir de aquel momento debería extremar las precauciones para conseguir salir con buen pie del castillo en dos días.

—¿Puedo retirarme ya?—Preguntó de nuevo sin mirar a Dunkeld. Eduardo asintió y ella se levantó deprisa abandonando el salón escaleras arriba.

La joven subió los escalones despacio, tragándose la rabia y la impotencia. Mantenía sus manos engarfiadas sobre sus ropajes, alzándolos para poder caminar.

Eso era para los hombres, eso eran las mujeres, simples piezas de usar y tirar. Ricardo la había utilizado cruelmente sin mirar atrás hacia el desastre al que la abocaba de casarse en un futuro. Había cometido un grave error que pagaría ella.

Comprendió que aunque lo matase mil vidas, ese malnacido había conseguido destrozar la suya y eso no lo cambiaría su muerte.

Margarita deseaba su dolor más que su desaparición de la faz de la tierra. Notó el peso del saquito de tuera y lo descartó. Dunkeld sabría de lo que era capaz Margarita Somiego de Doiras.

††

Ricardo se presentó como un ser ladino y muy precavido, durante el día permanecía rodeado de nobles y por las noches desaparecía en su cuarto con alguna que otra criada. Margarita sólo lo veía en las comidas sentado junto a los soldados de su hermano. Al día siguiente se iría con Matías y ni una sola vez le dirigió la mirada y mucho menos una palabra.

Pero nada de lo que hiciera lo libraría de ella. Subió con decisión las escaleras que daban a las alcobas y entró en la de él mientras todos se encontraban en el salón cenando.

El orden del cuarto y la limpieza se estamparon en sus ojos desconcertados, el que más el que menos, todos los invitados de Eduardo distaban de ser ordenados o limpios.

Su vista reparó en la jarra de vino especiado, sacó de su falda un frasquito que vació dentro del recipiente. Introdujo el frasquito debajo de los leños que ardían en la chimenea y se dispuso a esperar.

Ricardo cerraba siempre con llave la puerta de su cuarto cuando estaba dentro, por lo que ella debería esconderse hasta que el narcótico surtiera su efecto.

Había estudiado la trampa desde todos los ángulos como una estrategia militar y nadie libraría a Ricardo de su venganza.

Contó los minutos, los segundos, y se cansó de recorrer la alcoba con la única iluminación que le ofrecían los leños de la chimenea.

Mientras lo hacía, las repercusiones de sus actos comenzaban a fraguarse en su mente sin que pudiera evitarlas.

La tierra de Alba debía ser muy oscura y triste por las informaciones que le llegaban de ella de los peregrinos que hacían el camino Santo a Campus stellae.

También decían que siempre estaban acosadas por los norsemen, esos bárbaros vikingos que intentaron asolar Brigantium hacía casi medio siglo, y no lograron más que salir trasquilados del mismo modo que salieron de Isbiliya a mano de los moros en la batalla llamada de la Tablada, al continuar con su viaje de saqueos y profanaciones.

O el siguiente ataque, aún más cercano en el tiempo cuando penetraron hasta Campus stellae y a pesar de que les fue entregado el tributo que exigieron pretendieron saquear la ciudad por lo que fueron atacados por Don Pedro junto con varios nobles gallegos, entre los que se encontraba el conde de Doiras, Don Ramiro, padre de Margarita y Eduardo.

En Britania no solo tenían que soportar el asedio de esos bárbaros, sino que además, una parte de esos norsemen se habían asentado en el sur de la isla, en una tierra llamada Danelaw, y casi vivían en paz con el rey Alfredo.

En realidad parecía lo mismo que en Hispania con los moros, algunas batallas quitaban terrenos a unos que los recuperaban en otras batallas, dependiendo de por dónde diera el viento.

Escuchó las risas y corrió a meterse debajo de la cama. La puerta se abrió y oyó a la mujer ronroneando y a Ricardo susurrarle algo incomprensible.

La piel se le erizó a Margarita, y, a su pesar, su cuerpo se estremeció de una excitación indeseada ante la voz de él. La llave girando en la puerta al cerrarla la despertó de sus inconvenientes pensamientos.

—Tal vez hoy queráis aprovecharos de mí un poco mi señor—Se rió la mujer.

—Jugaremos como siempre, es lo único que me hace dormir.

—Pero a mí no se me dan muy bien las tabas.

—Eres la única que me dura más de un cuarto de hora por partida.

—Por eso habéis repetido hoy ¿no?

—Siéntate y juguemos.

Margarita no se lo podía creer, Ricardo no tenía sexo con esas mujeres, jugaba con ellas a al juego de las tabas. Tal vez para poder dormir porque su sucia conciencia no se lo permitía. O también para evitar lo que iba a ocurrir aquella noche.

El tiempo transcurrió lentamente, la pericia que requería el juego al lanzar los huesos encima de la mano para que cayeran en las posiciones de jete, panza, verdugo o rey, se fue perdiendo con los efluvios de la pócima de estramonio que iban bebiendo con el vino, y a pesar de haber colocado una piel gruesa en el suelo, Margarita comenzaba a resentirse del frío. Estiró las piernas y contuvo un bostezo. Aquella no era noche para dormir, sino para cazar. Una pieza gorda e indefensa que caería en sus redes de un momento a otro.

Al cabo de un rato de no escuchar nada, se atrevió a apartar la colcha que colgaba de la cama y observó que la criada se había quedado dormida sobre la mesa y Ricardo contra el respaldo de su sillón. Todavía aguardó otro rato más antes de salir de su escondrijo y abrir la puerta con la llave que permanecía en la cerradura.

Pedro, uno de los guardas más antiguos del castillo, entró y cerró de nuevo.

Ambos actuaron con rapidez, mientras Pedro desnudaba a Ricardo y lo metía en la cama, Margarita colocaba una manta sobre la criada. Pedro no dijo nada, recogió a la mujer como si fuera un fardo y se la echó sobre sus anchos hombros. Salió de la alcoba y Margarita cerró sin pasar la llave. Cogió la llave la guardó en su ropa y se desnudó.

A pesar de que lo aborrecía se obligó a meterse con él en el lecho. Se alejó lo más que pudo y suspiró nerviosa. Ni siquiera lo miraría. Los efectos de la pócima durarían unas dos horas, entonces comenzarían las pesadillas para Ricardo de Dunkeld.

—Mi señor vuestra hermana no se encuentra en su alcoba—La doncella se apretaba las manos nerviosa. Eduardo masculló una imprecación y salió de su despacho para dirigirse a las susodichas estancias.

Llevaba apretada la misiva en una de sus manos que temblaban de rabia. Margarita había llegado demasiado lejos si lo que decía el mensaje anónimo era cierto.

El lecho sin tocar, el cuarto ordenado le hizo soltar un gruñido y subirle la sangre al cerebro.

Lo mataría y a ella la encerraría en las mazmorras del castillo hasta que fuera tan vieja que no tuviera fuerzas para protestar.

Se dio la vuelta y caminó con grandes zancadas por el pasillo hasta llegar a la puerta cerrada del cuarto de Dunkeld. La abrió de un empujón que hizo gemir a las bisagras y golpear la madera contra la pared en un estruendo monumental.

Margarita yacía desnuda enredada en el cuerpo de Dunkeld, tenía los ojos abiertos por la impresión y medio se reincorporó ante la mirada asesina de su hermano que blandía como un arma la misiva que Pedro le había enviado anónimamente.

Ricardo comenzaba a deshacerse de los efectos de la pócima y murmuraba incoherencias.

—¿Qué es todo esto Margarita? ¡Despierta a ese malnacido porque le ha llegado su hora!— Eduardo se aproximó amenazadoramente al lecho y ella se lanzó encima de Ricardo para protegerlo de la furia de su hermano.

— ¡Detente por favor! ¡Lo amo!—Le rogó con la mirada. La ira de Eduardo era demasiado inmensa, contemplar el cuerpo desnudo de su virginal hermana al lado de aquel miserable soldado que ni siquiera daba muestras de enterarse de lo que sucedía a su alrededor, deshacía cualquier atisbo de sensatez o control en él.

— ¡Apártate para que pueda matarlo con mis propias manos!

— ¡No! ¡Lo quiero! ¡Si lo matas nunca te lo perdonaré! ¡Nunca!—Salió del lecho y alejó de un empujón a su hermano. Y luego le dio otro, y comenzó a aporrearlo con los puños.

Ricardo se sentó de repente sujetando su cabeza con ambas manos, el embotamiento que sentía no llegaba a encubrir la sensación de peligro inminente que latía en sus venas. Observó el cuerpo desnudo de una mujer y a Eduardo furioso intentando contener los embates de los pequeños puños de ésta. Sacudió la cabeza para centrarse en la situación.

— ¡No lo toques! ¡Suéltame!—La voz de la hermana de Eduardo terminó por despejar del todo a Ricardo que masculló un “zorra” por lo bajo escupiéndolo.

— ¡Tranquilízate de una vez Margarita o tendré que hacerlo yo!

Por absurdo que pareciese aquella amenaza enfureció a Ricardo, nadie le pondría la mano encima a su mujer.

Se puso en pie en toda su grandeza desnuda y avanzó hacia la pareja enfrentada. De repente se detuvo sorprendido. ¿De dónde había salido aquello?. ¡Su mujer!. Esa no era su mujer, era una zorra pendenciera que se las pagaría.

La apartó de Eduardo y la colocó a sus espaldas, de todos modos sería él quién la castigase, y nadie más.

La sintió retorcerse para situarse de nuevo entre los dos hombres y la sujetó con ambas manos hacia atrás.

—¡No le hagas daño!—Le advirtió Margarita a Eduardo, Ricardo frunció el ceño, ninguna mujer hasta aquel momento había intentado defenderlo, aunque aquella tampoco lo estaba haciendo, sólo representaba muy bien su papel.

Eduardo no miraba a ninguno de los dos, se había quedado petrificado contemplando algo en el lecho.

Margarita y Ricardo se volvieron, ella contuvo una sonrisa de satisfacción, él deseó apretar el esbelto cuello de esa mujer hasta que no quedara en él ni una mota de aire.

La mancha de sangre era una réplica idéntica a la que él le había provocado al desflorarla.

Eduardo no tenía palabras que definieran su consternación y su rabia. Salvo las únicas que, dadas las circunstancias, se veía obligado a pronunciar.

—Os casaréis de inmediato con mi hermana. ¡Guardias!;Guardias!—Margarita saltó a la cama y se cubrió con las sábanas hasta la barbilla en el momento en que entraron en tropel cinco guardias armados.—¡Vigíladlo!. No saldrá de este cuarto hasta que yo lo diga. ¡Y tú, ven conmigo ahora mismo!.

Margarita se enrolló con la sábana y fue al encuentro de la mano de su hermano que tiró de ella hacia la puerta sin muchas contemplaciones. Antes de salir, Margarita volvió la cabeza, sonrió y le lanzó un beso a un furioso Ricardo que en ese instante se prometió hacer de la vida de esa mujer un verdadero infierno.

††

Margarita entró en la iglesia vestida con un traje de color crema bordado en oro y pedrería que había pertenecido a su madre y Aldara había recuperado con sus mágicas manos. Se había negado a llevar el velo cubriendo el rostro que tan de moda estaba en la corte y que habían emulado de las moras del Al-Andalus, pese a lo ofuscados que estaban los dirigentes religiosos moros por esa costumbre incipiente de las cristianas al considerarla un agravio y una profanación a sus creencias.

Caminaba sin prestar atención a la gente que abarrotaba el recinto ni a sus murmuraciones. Llevaba la cabeza bien alta y un gesto de desafío que no pasó desapercibido a nadie. Su próximo amo y señor la aguardaba con aquella expresión fría y contenida que le era característica. Margarita alzó un poco más el mentón advirtiéndole de que no sería una presa fácil para su ira.

Ricardo se limitó a levantar levemente una ceja que fue como decirle “veremos”.

La contienda de voluntades se extendió durante toda la ceremonia, mientras ella le prometía obediencia en un tono de sarcasmo depurado y él se lo devolvía en la parte de protegerla y respetarla al tiempo que le ensartaba su anillo de oro y esmeraldas en el delicado dedo, lo que hizo fruncir el ceño de Eduardo hasta el final de las nupcias.

Tan pronto el cura dio su bendición y su permiso para que se besaran sellando el pacto realizado, Margarita se volvió con rapidez con toda la intención de retirarse, pero no la suficiente como para evitar que la mano de Ricardo apresara su codo y la retuviera a su lado apretándola contra su torso.

La fragancia tenue a limón y canela penetró de repente en las fosas nasales de Ricardo y lo aturdió. Contempló el rostro iracundo de su esposa aunque no se percató de esa furia, solo pudo ver la belleza etérea de un ángel con un halo de cabellos color miel que bailaban a su alrededor acariciando su cuerpo igual que un amante.

El deseo lo tomó por sorpresa y la ira de Margarita se esfumó como por encanto.

Ricardo se inclinó lentamente, disfrutando el olor de su mujer hasta caer en sus labios sabrosos que saboreó con un anhelo impropio de su control. Ella se deshacía en sus brazos como la más pura miel de Alba.

— ¡Vamos, tenemos que comenzar con los festejos!—La voz de Eduardo los arrojó a la cruda realidad. Ambos fruncieron el ceño al separarse y caminaron erguidos sin prestarse atención el uno al otro.

Capítulo 3

Eduardo apartó a su hermana del cortejo nupcial y la llevó a su despacho a marchas forzadas.

— ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué os miráis como dos perros a la greña? ¿No decías que lo amabas?

—Lo amo, demasiado, de ahí la razón de nuestros enfados, a Ricar no le gustó nada que me sacaras de su cama.

— ¡No seas impertinente!

—Y cuando regresemos al salón estará más enfadado. No le gusta alejarse de mí. Teme que intentes separarnos.

— ¡Os obligué a casaros no creo que nadie pueda considerar eso como un intento de separaros!. Si quisiera hacer eso a estas alturas tendría su cabeza en una pica, puedes estar segura.

—No te preocupes por él, se le pasará. Estos días han sido infernales para los dos con eso de andar a escondidas y todo lo demás. Ahora ya me tiene para siempre y se apaciguará.

—Eso espero. —Tomó las manos de su hermana entre las suyas. —Espero que seas feliz con él. Eric de Lamber no te convenía.

Margarita sonrió entristecida.

—El propio Ricardo me desaconsejó tus nupcias con Lamber. Bueno no lo hizo directamente, lo dejó entrever. Tal vez para tenerte libre para él.

—Ese es mi Ricar. —Lanzó una sonrisa lobuna que su hermano no supo interpretar.

—En fin ve con él.

—Gracias hermanito, me has hecho la mujer más feliz del mundo.

—Eso espero.

Y después de plantarle un sonoro beso en la mejilla, Margarita marchó con aires de reina hacia su destino.

Así que su querido esposo había advertido a su hermano sobre Lamber, porque tenía entonces la impresión de que lo había dicho creyendo que nada ni nadie podría romper el compromiso con ese indeseable. Por eso había tenido aquella cara de dolor de muelas cuando Eduardo rompió el compromiso en sus narices.

Dunkeld no conocía a Eduardo, si lo conociera sabría que jamás la casaría con alguien de la calaña de Lamber. Es más, si lo conociera haría que su frialdad se tornase en una hoguera de pasión hacia ella si no quería verse de veras colgado de una pica.

Tendría que continuar fingiendo por los dos o su estrenado esposo no saldría vivo del feudo. Y ella todavía no había decidido qué iba a hacer con él.

Aguardó a que el criado la acomodase como correspondía a una dama y sonrió embobada al rostro impenetrable de su marido.

—Sonríe mi amor, pronto me tendrás toda para ti solito. —Murmuró fingiendo una intimidad que no existía en beneficio de su hermano que sentado a su lado contemplaba la escena con atención.

Ricardo observó las motas verdes de los ojos castaños de su mujer y tomó aire con resignación.

—Lo espero con denuedo mi señora.

Ella bajó los ojos con una actuación virginal digna de mención y Ricardo deseó no haber sido él quién transformara a una doncella pura en un mal bicho. El problema es que lo deseó de verdad.

—Eduardo.—Su hermano la miró masticando un trozo del delicioso jabalí con manzanas.—Ricar es un maravilloso guerrero, ¿no es cierto?

¿Ricar?. Ricardo apretó el trozo de pan que sostenía en ese momento y lo deshizo en migas.

—Es cierto.

—¿No te gustaría que Matías fuera tan bueno como él?

Los dos hombres se quedaron mudos. Ricardo la miró con ojos asesinos, de hecho podría atrapar su cuello de un manotazo y apretar hasta sentir saciada su sed de venganza por todo lo que le estaba sucediendo desde que tuvo la mala idea de poner sus ojos en aquella arpía.

Eduardo en cambio evaluaba la implícita proposición seriamente.

—Estaría encantado de entrenar a vuestro hijo, el inconveniente es vuestra hermana. Ella sería una mala influencia para el chiquillo.

—¿Qué yo...?—El rostro de Margarita explotó de ira y Ricardo saboreó su victoria, pero solo unos segundos. Porque tan pronto ella formó un puchero magnifico en sus labios se sintió poco menos que menguar a ojos vista como si fuera el miserable más miserable del mundo. ¿Cómo era capaz de componer ese rostro de total desolación si no la sentía?

—No entiendo cómo me puedes decir eso cuando sabes que te obedecería, nunca diría ni haría nada en contra de tu voluntad. Matías estaría totalmente a tu merced. Igual que lo estoy yo. ¿Por qué me haces tanto daño? —La voz en un hilo descolocó a los dos hombres.

Eduardo le pasó la mano por los hombros tratando de consolarla y el sentimiento de culpa de Ricardo no llegó al extremo de no darse por enterado de ese gesto fraternal que lo hirió profundamente.

—Del mismo modo que ahora mismo tu hermano está interfiriendo en nuestra relación apoyándote.—Dedicó una sucinta mirada a la mano que apretaba con cariño su hombro derecho.—Sería conveniente que soltarais a mi esposa Eduardo.

Su hermano claudicó sorprendido gratamente por la fiereza con que protegía a sus posesiones Dunkeld. Quizá era cierto que amaba a su hermana si ni siquiera soportaba que él la tocara.

—No lo haré te lo prometo. —Tomó la mano de su marido sin prestar atención a la falta total de decoro del gesto y la metió entre las suyas con una delicadeza desquiciante. La apretó contra su pecho palpitante y levantó una dolorosa erección en su esposo que intentó soltarse antes de cometer una tropelía.

Pero ella no se lo permitió, llevó la mano a sus labios y se la besó mientras le miraba a los ojos pidiéndole el permiso.

Ricardo no supo que sucedió, pero aquellos ojos de miel lo subyugaron, se sintió poderosamente atraído hacia el cuerpo de la muchacha hasta el extremo de que llegó a inclinarse hacia ella. Una tos lo detuvo. Alzó la vista a Eduardo que le advertía con el gesto y se enderezó con brusquedad sacando la mano del nido de Margarita.

—Si ella está dispuesta a obedeceros quizá deberíamos complacerla. A mí personalmente me parece que seríais el mejor instructor para Matías.

—Si ese es vuestro deseo mi señora, estoy de acuerdo en llevarlo a cabo.

—Entonces partiréis lo antes posible, yo me encargaré de Renoir. Estoy muy complacido, muy complacido.

Margarita se volvió a Ricardo y le dedicó una mirada triunfal a la que solo le faltó que le echara la lengua para completarla.

Esa mujer tendría que aprender unas cuantas cosas tan pronto estuviera en su poder. Y lo estaría. Muy pronto.



La aprensión de Margarita fue tornándose insoportable con el paso de las horas, los festejos llegaron al momento crucial en el que los novios debían retirarse. Primero se llevaron a la novia las doncellas para prepararla y al poco rato se la entregarían gustosas al novio.

El camisón de encaje era bastante recatado, lo había escogido ella misma sin atender a las súplicas de las mujeres y de su propia cuñada, el trozo de tela que habían elegido permanecía dentro del arcón, debajo de toda su otra ropa y de la henna que tan de moda estaba para cubrir pezones y labios de las mujeres, costumbre también proveniente de las complacientes moras del Al-andalus.

Jamás se pondría algo así para su esposo. De hecho su esposo tendría que ganarse cada momento de intimidad con ella como si fuera una lucha a muerte.

En cuanto entró Ricardo, éste no soportó ni un minuto más la pantomima por lo que despidió a todos con impaciencia. Cerró la puerta de golpe y giró la llave en la cerradura. Margarita se había sentado en una silla alta frente al fuego de la chimenea y contemplaba a su recién estrenado marido con un gesto de desafío en el rostro.

Eso divirtió definitivamente a Ricardo que avanzó hasta quedarse a unos pasos de su mujer.

—Creo que tenemos una conversación pendiente. —Se puso en jarras amenazadoramente.

—No te preocupes he traído otro frasquito de sangre de cabra. Y con esta ya son tres veces que pierdo mi virginidad. Nunca me creí tan inmaculada. —El sarcasmo tenía un sabor amargo. —De modo que a partir de este momento quedas eximido de tener relaciones conmigo, mi señor. Supongo que te aliviará saberlo. Incluso podrás dormir de un tirón, juego maravillosamente bien a las tabas. Duraré más de quince minutos la partida.

—Pequeña arpía.—Ricardo la atrapó con un movimiento fluido y la levantó en volandas aplastándola contra su inmenso pecho.—Cumplirás con tus deberes conyugales cada vez que yo lo

deseo. Como lo deseo ahora. Luego podrás esparcir la sangre de cabra por toda la habitación si gustas, yo ya te he desflorado, ahora quiero disfrutarte.

Tomó posesión de su boca con un hambre que nacía de la ira y del deseo desesperado. En aquel momento se dio cuenta de que aquello era lo que le había faltado, lo que había temido perder con su venganza. Sin embargo allí estaba, acarició las nalgas a través del camión y clavó su pelvis sobre su palpitante erección.

Ella se debatía como una leona, golpeaba todo lo que encontraba al alcance de su mano y al no conseguir nada, tiró con todas sus fuerzas del pelo de Ricardo que separó su boca de la de ella unos segundos y la miró con los ojos transformados en sendos pozos infernales.

Margarita detuvo los tirones y contempló asustada la pasión que desbordaba el rostro habitualmente impertérrito de su marido. Fascinada apretó los puños atrapando en ellos la mata suave de pelo de él. Profirió un gemido y metió los dedos entre el cabello, Ricardo se inclinó lentamente hacia sus labios, apresó el inferior y lo mordió levemente, en aquella ocasión Margarita abrió la boca para darle acceso, y supo que ya no podría negarle nada, estaba en su poder, bajo el hechizo de su fuerza y decisión. Ricardo no necesitó más para introducirse en ella.

Saboreó con fruición ese néctar con sabor a fruta, la lamió e hizo suyos sus jadeos. Aquel maldito camión lo estaba desesperando, lo cogió por ambos hombros y lo rasgó de arriba a abajo.

El cuerpo desnudo mostraba unos pechos llenos y turgentes con unos pezones erguidos que lo buscaban a él. Contempló el vientre liso y la fina cintura acariciada por las suaves ondas de su melena y se detuvo en el triángulo de rizos oscuros. Eso fue su perdición.

La alzó en brazos y la llevó hasta el lecho, y a pesar de todo aún tuvo la presencia de ánimo suficiente de depositarla con suma delicadeza encima de las sábanas. Prácticamente se arrancó la ropa del cuerpo sin dejar de mirar el espectáculo de su belleza expuesto exclusivamente para él.

—Nada de tabas entonces.—Las palabras de la joven lo sorprendieron cuando se lanzaba igual que una pantera sobre ella y le provocaron una sonrisa de humor genuino.

Margarita supo que se había equivocado al abrir la boca. Ricardo sonriendo era más letal que una espada clavada en el centro del pecho.

—Luego jugaremos, más tarde. —Se metió un pezón en la boca y chupó retorciendo a Margarita en el lecho —Dentro de unos años. —Aprisionó el otro pezón y lo lamió—Muchos años.—Deslizó la mano a su sexo y entró sin más preámbulos, moviendo los dedos en su interior al ritmo del baile de las caderas de su mujer.

Su mujer. Qué bien sabía.

La sintió deshacerse a su alrededor y observó la arrebatadora pasión que traslucía su rostro. No había sido una ilusión, Margarita llevaba en la sangre el fuego de Afrodita y él pensaba libarlo por entero.

Se colocó en posición y la hizo suya de nuevo, los embates furiosos fueron recogidos uno a uno con una fuerza equiparable a la de él, nunca encontraría a otra hembra como aquella. Y nunca la dejaría escapar, aunque solo fuera por lo increíblemente bien que se sentía dentro de ella.

Los espasmos del orgasmo se perdían muy despacio, su cuerpo todavía se convulsionaba de placer mientras su esposo gritaba y se vertía en ella.

Lo había hecho de nuevo. El pensamiento sobrecogedor de lo que había hecho le hizo empujar a Ricardo y escabullirse por un lateral de la cama para no tocarlo más.

—No es necesario que ensucies las sábanas ahora. Más tarde cariño, en este momento quiero tenerte aquí, quiero acariciar tu piel. ¡Ahora Margarita!

—Cuando tú digas salta yo no saltaré. Y esto no puede volver a repetirse nunca más.

Ricardo se apoyó en los codos para mirarla. Sus ojos volvían a ser helados.

—Ahora Margarita. —La voz fue muy suave, siniestramente suave.

—¿Siempre vas a utilizar la fuerza?

—Es la segunda vez que te sometes a mí, y no he utilizado ninguna fuerza, créeme que lo notarías si llegara a hacerlo.

—Pues ya que me he sometido y te lo has pasado muy bien, y no piensas usar la fuerza, ¡déjame en paz!

—Ven aquí ahora mismo, pequeña insurrecta. Hace años que alguien debería haberte dado unas buenas nalgadas y no dudes que yo lo haré si sigues provocándome.

— ¡No soy ninguna niña! ¡Y has sido tú quién me ha hecho mujer! ¡Aguántate con las consecuencias!

—¡Y tú aguántate con las tuyas!—Ricardo se levantó de un salto y la atrapó antes de que llegara a la puerta. Se la echó sobre el hombro y caminó al lecho donde se sentó. Cruzó a su mujer sobre sus piernas y comenzó a darle azotes mientras ella se revolvía y lo insultaba.

A cada insulto el golpe era más fuerte, a cada intento de escapar, el golpe era más fuerte.

Margarita se detuvo agotada y comenzó a llorar de rabia.

—Eres malvado, me odias...—Sollozó compungida—Me haces daño siempre, siempre.—Musitó desgraciada.

Ricardo la sentó en su regazo a horcajadas de él y metió la cabeza en su cuello aspirando su aroma. Acarició su espalda con ternura y comenzó a besar su lóbulo lamiéndolo. Su verga había vuelto a la vida mientras la castigaba y en aquel instante pedía a gritos entrar en el cuerpo de su mujer.

Margarita apretaba con las manos sus hombros y gemía igual que un gatito, no pudo más, la penetró de un golpe y comenzó a moverse en su interior arrastrado por el deseo.

Su mujer cabalgaba en su regazo totalmente desinhibida. Supo que se lo haría pagar más adelante pero con suerte pronto terminaría convenciéndose de que le pertenecía y de que por mucho que luchase contra él nunca podría vencerlo.

La llevó a un orgasmo avasallador que la desplomó sobre su hombro en tanto los rápidos bombeos de su verga lo lanzaron al abismo del placer segundos después que ella.

—Y ahora no te moverás, no dirás ni un susurro y permanecerás a mi lado todo el tiempo que yo lo desee. —La arrastró con él y la tumbó junto a su cuerpo que la envolvió con ternura. Cerró los ojos y trató de nivelar su respiración agitada.

Margarita levantó la cabeza y lo miró con atención, él se la devolvió.

—Ni una sola palabra. —Le volvió a advertir.

—No volveré a negarte mi cuerpo.

—Sólo por eso dejaré pasar esta desobediencia.

—Es que no puedo contigo, si me tocas..., no sé lo que me pasa.

Ricardo sonrió complacido y la acarició con ternura.

—Estamos casados porque tú así lo decidiste, lo que hacemos es lo que hacen todos los matrimonios. No puedes quejarte.

—Pero que te quede claro que no me gusta. No me gustas.

—Y supongo que he de agradecerlo porque si sin gustarte me haces esto, ¿qué sería de mí si llegara a gustarte?. Me matarías con tu pasión. Por cierto que he escuchado historias de mujeres que han acabado así con sus maridos...¡ay! ¿Porque me pegas?

—Ni una palabra más. —Le advirtió con el dedo. Él se lo metió en la boca y chupó con fuerza.

—De acuerdo. —La tumbó en la cama y se perdió de nuevo en el cuerpo de esa sirena.

††

Los preparativos para la partida mantenían ocupados a los hombres y a su cuñada, de ese modo Margarita se sentía libre para ir y venir a su antojo.

Salió del castillo y se reunió con María en la entrada de su choza, aceptó la cesta vacía y ambas se encaminaron hacia el bosque para recoger hierbas que repondrían las que Margarita se llevaría en su viaje.

—¿Va todo bien? —Aventuró la anciana.

—Sí —La escueta respuesta hizo fruncir el ceño de María.

—¿Se te han pasado las ganas de matarlo?.

—A veces. Cuando no habla.

—Ya, en esos momentos dulces de la vida marital.

—Más o menos.

—Pero si tu odio proviene de la violación, no comprendo cómo en los momentos íntimos es cuando se te pasan las ganas de acabar con él.

— ¡Porque me aturde, y me arranca el control de mis pensamientos! ¡Por eso!

—Debe de ser muy, muy bueno en la cama. —Suspiró recordando sus viejos tiempos.

—¿Crees que es por eso?. Tal vez sentiría lo mismo con otro hombre si fuera bueno en la cama también.

—Eso mejor no lo pruebes.

—María, me conoces.

—Pero no lo conozco a él, salvo que es un ser vengativo capaz de desvirgar a una inocente para ver cumplidas sus ansias de venganza.

—Es cierto.

— ¿Acaso lo habías olvidado?

—En sus brazos lo olvido todo.

—Entonces estás perdida.

—Lo dominaré tarde o temprano, dominaré esta pasión que me consume cuando se me acerca y entonces sabrá cómo me las gasto.

—Puede que sea mejor que te olvides de hacerle morder el polvo no vaya a ser que seas tú quién lo muerda.

—Ricardo ya me ha hecho morder el polvo varias veces, sería un cambio interesante que lo mordiera él.

—A tu padre le falló el corazón, ¿lo sabías?

—Sí.

—¿Sabías también que se encontraba consumando su matrimonio cuando ocurrió? ¿Sabías que tus padres podían encerrarse en sus habitaciones y tardar dos días en salir?. Tu madre murió de tristeza un año después.

— ¿Qué me quieres decir con eso?

—Si te pareces a tu madre en algo más que en el físico ese pobre hombre que es tu marido puede correr peligro con tus ardores. Tal vez no necesites nada más para que muerda el polvo.

— ¡Qué cantidad de sandeces sueltas María!. Déjame coger las plantas antes de que me enfade de verdad.

El trote de un caballo la hizo levantar del suelo y poner la mano como visera, el corcel negro no se detuvo al pasar a su lado, Margarita se sintió alzada por los aires y cayó sobre el regazo de un hombre sin poder emitir el grito que le quedó retenido en los pulmones.

—Te necesito. —Fue lo único que dijo Ricardo mientras conducía el caballo a lo más espeso del bosque.

— ¿Qué haces maldito bastardo?—Trató de empujarlo para alejarse de él pero no consiguió otra cosa que verse más apretada contra su torso.

—Dijiste que no me negarías tu cuerpo. Y procura no insultarme, ya sabes que me desagrada.

—Pues a mí también me desagradan tus modales de bárbaro.

—Lo siento pero llevo media mañana sin dejar de pensar en ti y ya no lo soporto más. Estoy duro como una piedra.

Bajó con ella del caballo y la apoyó contra un árbol para subirle las faldas.

— ¡Estate quieto! ¡No hagas eso!—Pero Ricardo ya se había soltado sus calzas y la levantaba para penetrarla.

Margarita soltó un grito de sorpresa que cayó en la boca de su desesperado marido. Sujeta por las nalgas la balanceaba una y otra vez contra su cuerpo. El calor se extendió por los pezones excitados de Margarita y descendió al vientre para alcanzar su centro de feminidad.

Sabía que no debería consentirle aquel tratamiento aberrante pero era incapaz de negarle nada, qué iba a hacer si con sólo mirarla la sometía.

Margarita perdió toda clase de pensamientos cuando los dedos de su esposo buscaron el botón humedecido de entre sus pliegues y lo frotaron al unísono con su miembro.

Un gemido desgarrador acudió a su garganta y se coló en la boca de Ricardo mientras la besaba, pero él no se detuvo continuó estimulándola mientras la embestía hasta arrancarle varios gritos más antes de soltar el suyo.

—He retrasado nuestra partida Margarita. —La ayudó a bajarle la falda del vestido y se ató las calzas.

—¿Y esa es la excusa para este comportamiento?. ¡Me sorprendes!

—¡No tengo que excusarme por tener relaciones contigo! ¡Eres mi mujer!

—Algo así como tu propiedad.

—No. Mi mujer, ese caballo es mi propiedad. Hay una diferencia.

—¿Cuál?. Nos montas a ambos cuando quieres.

—No me hables así.

—¿Y cómo deseas que te hable mi señor?

—Como una esposa. Aprende de tu cuñada un poco.

—Mi cuñada es una frígida emocional, ¿eso es lo que quieres que aprenda?

—No voy a discutir contigo, tómate el cargo de ser mi esposa como te plazca, no me importa mientras me obedezcas.

—Asombroso, un hombre que quiere que le obedezca. Nunca había conocido a uno.—Margarita se echó a andar y él la detuvo sujetando su brazo.—¿Y ahora qué, más azotes en el trasero?

—He retrasado nuestra partida porque quiero que parte de mi ejército se haga cargo de ti y del equipaje.

—¿Y tú? ¿Matías?

—Nos adelantaremos.

—¿Y puede esta pobre mujer saber a qué viene tu huida? ¿Me rehúyes Ricar?

— ¡No me llames así!. Y no. No te rehúyo, al contrario si me alejo es porque de ir juntos no llegaríamos nunca. Además no me vendrá nada mal alejarme algo de una arpía como tú.

— ¿Te estás escuchando?. Primero me tomas, luego me descartas como si fuera una porquería pegada a tu calzado y ahora me insultas. Prefiero que me trates como a tu caballo. Y ahora si ya has terminado de informarme te agradecería que me dejaras un rato a solas.

— No. No te dejaré aquí, volverás al castillo y no saldrás si no es con mi permiso, se acabaron los paseos sin ir con escolta.

—Este es el feudo de mi hermano, he vivido aquí toda mi vida y nunca me ha ocurrido nada. Por favor, necesito recuperarme antes de regresar.

—Tendrás semanas para recuperarte de mí. Vamos. —La montó en el caballo y lo hizo detrás él. La sujetó contra sí con más fuerza de la necesaria. No le gustaban sus reclamos, no le gustaba que se alejara de él tan pronto se dispersaban los efluvios del amor y no le gustaba dejarla allí. Pero si la llevaba con él no podría quitarle las manos de encima y no dejaría de escuchar sus reclamos.

††

Margarita contempló la marcha de su marido una semana después, partía con un pequeño ejército y llevaba a Matías montado en un caballo con un noble detrás. El niño iba excitado y saludaba con la mano a sus hermanos y a ella para provocarles envidia por su suerte. Pobre chiquillo. Las lágrimas casi la ponen en ridículo.

El castillo estaba prácticamente tomado por los hombres de su marido cosa que no le preocupaba a Eduardo, por el contrario, le agradaba saber de la fuerza que poseía su cuñado y de lo segura que marcharía ella tres días después de la partida de su señor.

Su señor.

Mientras observaba la figura erguida en su semental negro como la noche, recordaba cada momento de éxtasis que había compartido con él aquella semana, pero sobre todo aquella última noche.

Le dolería el cuerpo deliciosamente y las marcas del amor tardarían demasiados días en pasar. Pero Margarita no deseaba nada que le hiciera recordar a su marido.

Se dio la vuelta para regresar al castillo. Ricardo le había impuesto a dos guardias que no se despegarían de su lado bajo ningún concepto salvo en el refugio de su habitación.

Entró dejándolos fuera y observó los baúles que Aldara había llenado de ropa. Ricardo llegaría en unos cuatro días a la costa de Cantabria, de ir solo probablemente alcanzaría el mar en tres días pero con un niño tan pequeño...

Una vez que llegara a Xixón tomaría su drakkar que lo llevaría directamente a Britania con Matías. Ella tardaría mucho más porque cargaba con el equipaje de los dos. Tal vez podría arreglarlo todo para que el contingente que iba a ir con ella se apañara con mulas y no carros. Sí, eso haría. No pensaba dejar a Matías más que el tiempo imprescindible en manos de Dunkeld.

El hombre que se encargaría del viaje se llamaba Archie, no parecía especialmente agradable, de hecho la miraba con recelo, probablemente Ricardo le había explicado la situación que existía entre ellos pues se había dado cuenta de la amistad que mantenían esos dos.

Sin embargo Margarita había dejado atrás sus ansias asesinas por el bien de Matías y su hermano. Y si era sincera consigo misma, porque su incapacidad de negarle nada a su esposo la tenía atada de pies y manos. ¿Sería así con otros hombres? ¿Sería ella?

Se alejó de aquellos escabrosos pensamientos, porque sería mejor esperar a ver qué vida le daba su marido para actuar en consecuencia. Había involucrado a Matías en su destino y no lo expondría por nada del mundo, ni siquiera si eso suponía tener que soportar de por vida al desconsiderado de su marido.

No tenía idea del sitio al que iba a ir a vivir, salvo que hacía peor tiempo que en Gallaecia, y eso no le preocupaba, prefería el frío al calor del sur del Al-Andalus.

Se tumbó en la cama y una mirada de recuerdos la asoló. Lo echaba de menos ya, ojalá pudiera olvidarlo. La punzada de dolor en su tripa le avisó de la llegada inminente de su periodo.

Por lo menos no tendría que preocuparse por la venida de un vástago con un viaje como aquel a cuestras.

Las hierbas para no concebir que había recogido con María seguirían siendo utilizadas y lo harían hasta que supiera fehacientemente que su marido no se llevaría a ningún hijo de ella lejos para que aprendiera a luchar. Eso no lo permitiría jamás, prefería no concebir nunca.

††

Archie dudaba del raciocinio de su amigo, aquella mujer era una guerrera nata. Primero había dispuesto el equipaje en mulas y caballos, negándose totalmente a utilizar carros. Y nadie encontró forma de hacerle cambiar de idea, a cada pero ella lo mataba con un contingente de explicaciones razonables que terminaban convenciendo a todo el mundo.

Después comenzó con la campaña contra su ropa de dama. Se había negado, rotundamente, a vestir como se le requería a una dama, sobre todo a una dama hispana que eran mil veces más recatadas que ninguna otra.

Su hermano había desistido ante la diatriba con que lo había asañado minutos antes de que todo estuviera dispuesto para la partida. La mujer había buscado el momento más oportuno para salirse con la suya.

Por lo tanto, en aquellos instantes llevaba unos pantalones holgados y una camisa suelta con un chaleco de cuero y un manto grueso muy adecuado para las tierras altas de Escocia. El calzado también lo era para la lluvia y el barro. Y su cabello permanecía recogido en un moño apretado que la libraba de su molesta presencia.

En realidad el atuendo no iba en contra de las necesidades de un viaje de aquel calibre, salvo porque ni el mismo Ricardo le hubiese permitido ir con esas pintas. Sin embargo como muy bien había expuesto la ladina, estaba rodeada de guardias que la protegerían de cualquier acercamiento por parte de cualquier hombre, mujer o animal, por lo que su indumentaria era lo menos importante, cuando lo prioritario, en caso de que todo fallara, era poder escapar de algún peligro lo más rápidamente posible y con la “armadura”, como ella le había llamado a los ropajes de las damas, para consternación de su hermano, no tendría tantas posibilidades de salvarse.

Eduardo escuchó incrédulo toda la parrafada, lo mismo que el resto de la guardia y su cuñada, Archie supo que tendría que bregar con una buena pieza durante todo el trayecto.

Por lo menos Ricardo le había dado carta blanca para tratarla como él lo considerara oportuno.

Eso era algo. ¿No?

Partieron en cuanto el señor del feudo dio su permiso, había desistido de hacer cambiar de vestimenta a su hermana y apenas le dio un beso en la mejilla después de que ella sí se lo estampara con un ruido sonoro. A él, a sus sobrinos y a su sorprendida cuñada.

Archie masculló una imprecación y levantó la mano indicando a sus hombres de la partida. Dudaba que el trasero de su protegida aguantara el tiempo suficiente para alcanzar la costa en tres días. Pero se vio enormemente sorprendido cuando lo único que lo retrasó fueron las mulas y los caballos.

Ella permanecía en silencio y lo miraba de vez en cuando con una mirada especulativa que le ponía los pelos de la nuca de punta.

La primera noche acamparon en un claro iluminado por la luna llena. Después de organizar las guardias se aproximó a ella para saber si le hacía falta algo. Lo que se encontró fue un cachorrillo menudo en medio de sus hombres compartiendo la comida con ellos. Antes de poder hablarle vio cómo se sacaba un gran cuchillo de la pernera del pantalón y clavaba en un trozo de carne su filo con maestría arrebatándosele de las manos a un sorprendido Sean.

Archie nunca había visto a nadie atreverse a sacarle a Sean la comida de las manos. De hecho el hombre miraba a la muchacha con rabia. ¿Un cachorrillo menudo?

—Este es mío, has comido cuatro, has dejado a estos pobres infelices sin su cena pero no podrás conmigo. Yo también como mucho y hoy tengo tanta hambre que podría utilizar este cuchillo para cortarte un trozo de pierna y comérmelo crudo. ¿Has entendido algo mastodonte?

Archie casi se cae de culo, para su desgracia Sean era de los pocos que conocían el gallici y su rostro iracundo estaba enrojecido mientras su boca intentaba mascullar las palabras adecuadas en el idioma hispano para responder a esa mujer endemoniada.

—Eso es un sí. —Decidió ella mordiendo un trozo de la jugosa carne. Sean la miró entornando los ojos y lo hizo durante todo el tiempo en que ella se dedicó a comer. —Estás bueno si te piensas que dejaré nada. No conoces la voracidad de mi estómago. Pero te acostumbrarás.

El hombre hizo un ademán de ir a por ella, entonces intervino Archie.

—Sean, aunque no lo parezca es tu señora.

Lo que Sean respondió en anglosajón arrancó carcajadas de toda la guardia, Archie tuvo que contenerse para no imitarlos.

La única que no parecía divertida en absoluto era la señora que los miraba masticando el último trozo de carne con la expresión de alguien que va a matar a alguien. Incluso Sean tragó saliva y todos guardaron silencio.

Margarita volvió a desafiar al inmenso soldado arrebatándole la petaca de la cual dio buena cuenta. El vino le caía por la garganta y para consternación y fascinación de Archie y el resto de la guardia, al terminar se limpió con la manga de la camisa sin importarle un ardite la suciedad que dejaba a su paso.

—Tú. —Señaló a un azorado Archie. —Vas a enseñarme anglosajón de una maldita vez. Y tú. — Señaló a Sean—A partir de ahora serás mi guardia personal. Como te separes de mí una cuarta vas a encontrar un bonito tatuaje moro en tu garganta. ¿Entendido?

Se puso en pie con el cuchillo todavía en la mano puesta en jarras a la espera de la obediencia de sus súbditos.

No tardó en llegar. Se guardó en la pernera el cuchillo y se acercó al guardia que custodiaba los caballos. Sean y Archie la seguían a una distancia prudencial mientras el resto observaba la escena.

Tomó un aparato extraño de la montura de uno de los bayos y lo calibró con las manos.

—¿Es una ballesta?—Le preguntó a Archie. Antes de que pudiera contestar ella continuó hablando. —Parece difícil tensarla. —Acto seguido apoyó el arco en el suelo y lo sujetó con los pies, al tiempo que con las dos manos tiró de la cuerda hasta sujetarla en la muesca del disparador.

—Tened cuidado mi señora.

—Es la primera vez que veo una. ¿Quién la utiliza? —Levantó el arma y acercó el ojo al extremo del carril saetero para alinearlos con la rama de un árbol a unos sesenta metros de ellos.

Disparó y la flecha salió despedida a gran velocidad. La sonrisa de Margarita se unió a la sorpresa del grupo que la acompañaba.

Tal vez consideraran inaudito que una dama manejara un arma, aunque lo más inaudito era que la supiera manejar bien, y que conociera la ballesta los tenía totalmente petrificados por el estupor.

Sean intentó decir algo pero solo pudo balbucear siguiendo los pasos de su nueva señora que marchaba decidida a comprobar el blanco.

La rama todavía se movía por el impacto. Margarita arrancó la flecha y la volvió a colocar en la ballesta del mismo modo que antes.

—Se desvía algo a la izquierda, pero no está mal. —Se la lanzó a Archie que cruzó la mirada con Sean y ambos corrieron para ponerse a la par de la mujer. —¿Quién la usa?

—Sean.

—No me extraña, si tuviera que meter muchas más flechas en esa cosa tendría dolor de brazos durante unas cuantas semanas. Además el arco y la flecha son más precisos y rápidos. ¿De dónde la habéis sacado? ¿Tiene mi marido mercenarios italianos en sus filas?

— ¡Señora! —Ella se detuvo y lo miró.

— ¿Qué creéis, que aparte de mujer soy sorda?. Mi gente habla, los hispanos conocemos muchas cosas de nuestros vecinos. Y los moros se encargan de que conozcamos más, ellos viven temerosos de esos instrumentos que comienzan a usar los mercenarios contra ellos y mayormente esos mercenarios son italianos porque el tejo es lo que usan para fabricarlas y el tejo abunda en Italia.

Pero aunque no fueran ellos el camino de Santiago trae muchas historias interesantes. ¿Sabéis que los chinos tenían una especie de ballesta que podía hacer dos o tres disparos seguidos y se apuntaba desde la cadera? —Los hombres no respondieron todavía anonadados por la pasión que reflejaba Margarita al hablar de artes de guerra igual que otra dama lo haría de telas y joyas.—Se llamaba Choko-Un y podía lanzar diez flechas en quince segundos, y aunque no tenían mucha precisión como les metían veneno en la punta no importaba mucho en donde dieran mientras dieran.

También los griegos ya en sus épocas tenían algo parecido que llamaban arco de vientre porque tenían que tensarlo con la barriga, parece que podía recorrer doscientos cincuenta metros de distancia.

Escuchando a la joven dama, Archie deseó que su marido hubiera cumplido con su deber protegiendo el viaje de su señora en lugar de endilgársela a ellos.

Era una guerrera con muy mal genio. Y sabía disparar endemoniadamente bien.

—¿Sabe algo de esto vuestro esposo, señora? —Margarita supo a qué se refería y se encogió de hombros.

—Ni siquiera lo sabe mi hermano, señor.

—Entonces estimo conveniente que hasta que vuestro marido no os dé permiso para usar armas, os queda absolutamente prohibido utilizarlas mientras os encontréis bajo mi custodia.

—No puedo garantizaros que obedezca, a la postre no suelo obedecer demasiado a nadie y menos a un soldado a las órdenes de mi hermano o de mi esposo —Le palmeó la espalda—Pero tranquilo,

intentaré comportarme si vos sabéis hacer vuestro trabajo. Si hay peligro me sentaré tranquilamente a que despejéis el camino. De paso observaré cómo luchan los britanos. Es conveniente conocer al enemigo, ¿verdad?

—Nosotros nunca seremos vuestro enemigo, vos sois nuestra señora, la futura madre del heredero de Dunkeld, no deberíais decir esas cosas, ofenden a vuestros hombres. Además somos escoceses, hay una diferencia esencial que nos distingue de los anglosajones.

—¿Mis hombres?. Cuando posea soldados sabrán respetarme y no utilizarán un idioma extraño para ridiculizarme.

—Nadie se atrevería a ridiculizaros estando yo presente. Sean solo os comparó con su madre. Más bien el que se ridiculizó fue él. Y os agradecería que respetarais la voluntad de vuestro señor, él me ha dado permiso para haceros cumplir con lo que yo estime que debáis hacer.

— ¿Me estás diciendo que Ricardo os dio carta blanca con respecto a mí?

—Eso digo.

—Entonces queréis que me vista como una dama con kilos de ropa que retrasarán el viaje indefinidamente, queréis que una doncella se ocupe de mis necesidades y vuestros soldados jadeen a cada movimiento de sus caderas, y estáis dispuesto a escuchar mis rezongos constantes por las incomodidades del trayecto, por no hablar de que deberéis disponer de una mesa o un sitio donde pueda descansar y comer decentemente sin tener que pelearme con “mis hombres” para meter un trozo de carne en la boca. O por el contrario me dejaréis mi ropa, mi silencio y mis maneras buscando comida, me enseñaréis el dichoso anglosajón y no me molestaréis si yo no os molesto.

Vos elegís, aunque los hombres no sois demasiado prácticos y posiblemente la primera opción sea la que elijáis porque es la que se espera de vos y de mí. Una delicada florecilla inglesa, quejumbrosa y débil. De hecho eso es lo que probablemente esperaba mi querido esposo. Por eso os dejó con este muerto.

—De momento podéis continuar con esos ropajes, pero no tendréis acceso a las armas y desde luego que no tendréis que luchar por comer, aquí vos sois lo más importante y si os ocurriera algo mi señor nos pasaría por la espada. Os ruego que seáis comedida y creáis que aquí se os respeta del mismo modo que a vuestro esposo, nuestro señor.

—De acuerdo. No os molestaré más.

—Nunca lo hicisteis.

—Voy a echarme un rato. Buenas noches señores.

Archie se quedó frente a la hoguera dando gracias al cielo porque sólo Sean y dos más conocían el idioma hispano. Observó cómo Sean avanzaba detrás de su señora y soltó el aire retenido con disgusto.

No quería ni pensar cuando la rosa hispana se hiciera con el feudo escocés. Iba a ser muy interesante.

